

12923

Insero 13/1/77

**EL TEATRO.**

**COLECCION**  
**DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.**

**EL ARBOL DEL PARAISO,**

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

*M. M. M.*

MADRID:  
OFICINAS: PEZ, 40, 2.<sup>o</sup>  
1870.

L47 - 5977

# CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.  
 Amor de antesala.  
 A belardo y Eloisa.  
 Abnegacion y nobleza.  
 Angela.  
 Afectos de odio y amor.  
 Arcanos del alma.  
 Amar despues de la muerte.  
 Al mejor cazador...  
 Achaque quieren las cosas.  
 Amor es sueno.  
 A caza de cuervos.  
 A caza de herencias.  
 Amor, poder y pelucas.  
 Amar por senas.  
 A falta de pan...  
 Artículo por artículo.  
 Aventuras imperiales.  
 Achaques matrimoniales.  
 Andarse por las ramas.  
 A pan y agua.  
 Al Africa.  
 Bonito viaje.  
 Boadicea, *drama heróico*.  
 Batalla de reinos.  
 Berta la lamencana.  
 Barómetro conyugal.  
 Bienes mal adquiridos.  
 Bien vengas mal si vienes solo.  
 Bondades y desventuras.  
 Corregir al que yerra.  
 Cañizares y Guevara.  
 Cosas suyas.  
 Calamidades.  
 Como dos gotas de agua.  
 Cuatro agravios y ninguno.  
 ¡Como se empena un marido!  
 Con razon y sin razon.  
 Cómo se rompen palabras.  
 Conspirar con buena suerte.  
 Chismes, parientes y amigos.  
 Con el diablo á cuchilladas.  
 Costumbres políticas.  
 Contraste.  
 Catilina.  
 Carlos IX y los Hugonotes.  
 Carriote.  
 Candidito.  
 Caprichos del corazon.  
 Con canas y polleando.  
 Culpa y castigo.  
 Crisis matrimonial.  
 Cristóbal Colon.  
 Corregir al que yerra.  
 Clementina.  
 Con la música á otra parte.  
 Dara y cruz.  
 Dos sobrinos contra un tio.  
 D. Primo Segundo y Quinto.  
 Deudas de la conciencia.  
 Don Saicho el Bravo.  
 Don Bernardo de Cabrera.  
 Dos artistas.  
 Diana de San Roman.  
 D. Tomás.  
 De acañaces es la fortuna.  
 Dos hijos sin padre.  
 Donde menos se piensa...  
 D. José, Pepe y Pepito.  
 Dos mirlos blancos.  
 Deudas de la honra.  
 De la mano á la boca.  
 Doble emboscada.  
 El amor y la moda.  
 Está loca!

En mangas de camisa.  
 El que no cae... resbala.  
 El niño perdido.  
 El hacer y el rascar...  
 El hombre negro.  
 El fin de la novela.  
 El glántropo.  
 El hijo de tres padres.  
 El último vals de Weber.  
 El hongo y el mirinaque.  
 ¡Es una maíva!  
 Echar por el atajo.  
 El clavo de los maridos.  
 El onceno no estorbar.  
 El anillo del Rey.  
 El caballero feudal.  
 ¡Es un ángel!  
 El 5 de agosto.  
 El escondido y la tapada.  
 El licenciado Vidriera.  
 ¡En crisis!  
 El Justicia de Aragon.  
 El Monarca y el Judío.  
 El rico y el pobre.  
 El beso de Judas.  
 El alma del Rey Garcia.  
 El afan de tener novio.  
 El juicio público.  
 El sitio de Sebastopol.  
 El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
 El que las da las toma.  
 El camino de presidio.  
 El honor y el dinero.  
 El payaso.  
 Este cuarto se alquila.  
 Esposa y mártir.  
 El pan de cada dia.  
 El mestizo.  
 El diablo en Amberes.  
 El ciego.  
 El protegido de las nubes.  
 El marqués y el marquésito.  
 El reloj de San Plácido.  
 El bello ideal.  
 El castigo de una falta.  
 El estandarte español en las costas africanas.  
 El conde de Montecristo.  
 Elena, ó hermana y rival.  
 Esperanza.  
 El grito de la conciencia.  
 ¡El autor! ¡El autor!  
 El enemigo en casa.  
 El último pichon.  
 El literato por fuerza.  
 El alma en un hilo.  
 El alcalde de Pedroñeras.  
 Escotismo y honradez.  
 El honor de la familia.  
 El hijo del ahorcado.  
 El dinero.  
 El forobado.  
 El Diabolo.  
 El Arte de ser feliz.  
 El que no la corre antes...  
 El loco por fuerza.  
 El soplo del diablo.  
 El pastelero de Paris.  
 Furor parlamentario.  
 Falta juveniles.  
 Francisco Pizarro.  
 Fè en Dios.  
 Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el mundo.  
 Genio y figura.  
 Historia china.  
 Hacer cuenta sin la huéspada.  
 Herencia de lágrimas.  
 Institutos de Alarcon.  
 Indicios vehementes.  
 Isabel de Medicis.  
 Ilusiones de la vida.  
 Imperfecciones.  
 Intrigas de tocador.  
 Huisones de la vida.  
 Jaime el Barbudo.  
 Juan Sin Tierra.  
 Juan sin Pena.  
 Jorge el artesano.  
 Juan Diente.  
 Los nerviosos.  
 Los amantes de Chincinon.  
 Lo mejor de los dados.  
 Los dos sargentos españoles.  
 Los dos inseparables.  
 La pesadilla de un casero.  
 La hija del rey René.  
 Los extremos.  
 Los dedos huéspedes.  
 Los éxtasis.  
 La posdata de una carta.  
 La mosquita muerta.  
 La hidrofofia.  
 La cuenta del zapatero.  
 Los quid pro quos.  
 La Torre de Londres.  
 Los amantes de Teruel.  
 La verdad en el espejo.  
 La banda de la Condesa.  
 La esposa de Sancho el Bravo.  
 La boda de Quevedo.  
 La Creacion y el Diluvio.  
 La gloria del arte.  
 La Gitanilla de Madrid.  
 La Madre de San Fernando.  
 Las flores de Don Juan.  
 Las apariencias.  
 Las guerras civiles.  
 Lecciones de amor.  
 Los maridos.  
 La lápida mortuoria.  
 La bolsa y el bolsillo.  
 La libertad de Florencia.  
 La Archiducesita.  
 La escuela de los amigos.  
 La escuela de los perdidos.  
 La escala del poder.  
 Las cuatro estaciones.  
 La Providencia.  
 Les tres banqueros.  
 Las huérfanas de la Caridad.  
 La niña Iris.  
 La dicha en el bien ajeno.  
 La mujer del pueblo.  
 Las bodas de Camacho.  
 La cruz del misterio.  
 Los pobres de Madrid.  
 La planta exótica.  
 Las mujeres.  
 La union en Africa.  
 Las dos Reinas.  
 La piedra filosofal.  
 La corona de Castilla (alegoria).  
 La calle de la Montera.  
 Los pecados de los padres.  
 Los infieles.  
 Los moños del Riff.

DOÑA ELIZABETH DE ARRIAGA

EL ÁRBOL DEL PARAISO.

Tore Rodriguez

## OBRAS DRAMÁTICAS

DE

### DON LUIS MARIANO DE LARRA.

---

- |   |   |
|---|---|
| El amor y la moda.                          | Barómetro conyugal (2).                             |
| El toro y el tigre.                         | La bolsa y el bolsillo (2).                         |
| Un embuste y una boda.                      | El Marqués y el Marquesito.                         |
| Todo son raptos.                            | Los infieles (3). (Segunda edicion.)                |
| Pedro el marino.                            | La agonía. (Segunda edicion.)                       |
| El cuello de la camisa.                     | Flores y perlas. (Tercera edicion.)                 |
| En palacio y en la calle.                   | Dios sobre todo.                                    |
| Las tres noblezas.                          | Las hijas de Eva. (Tercera edicion.)                |
| Quien á cuchillo mata.                      | El hombre libre.                                    |
| À caza de cuervos.                          | La primera piedra.                                  |
| As en puerta.                               | Estudio del natural.                                |
| Los dos inseparables.                       | La cosecha.   |
| Una nube de verano. (Tercera edicion.)      | La conquista de Madrid. (Segunda edicion.)          |
| Lanuzá.                                     | Cadenas de oro (4).                                 |
| Entre todas las mujeres.                    | Una revancha.                                       |
| Sapos y culebras.                           | La insula Barataria.                                |
| Una Virgen de Murillo (1).                  | Punto y aparte.                                     |
| El beso de Judas.                           | En brazos de la muerte!                             |
| Una lágrima y un beso.                      | ¡Bienaventurados los que lloran! (Tercera edicion.) |
| Juicios de Dios.                            | El bien perdido.                                    |
| La flor del valle. (Segunda edicion.)       | Oros, copas, espadas y bastos. (Tercera edicion.)   |
| La pluma y la espada.                       | Los órganos de Móstoles.                            |
| Batalla de Reinas.                          | Los infiernos de Madrid.                            |
| El amor y el interés. (Tercera edicion.)    | El ángel de la muerte.                              |
| La planta exótica. (Segunda edicion.)       | La varita de virtudes.                              |
| La paloma y los halcones.                   | Los misterios del Parnaso.                          |
| El rey del mundo.                           | El Becerro de oro.                                  |
| La perla negra.                             | Los hijos de Adán.                                  |
| La oracion de la tarde. (Sexta edicion.)    | El árbol del Paraiso.                               |
| Los lazos de la familia. (Tercera edicion.) |   |
| Rico... de amor.                            |   |

---

### OBRAS NO DRAMÁTICAS.

- Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.  
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.  
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

- 
- (1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.  
(2) Idem con D. Ventura de la Vega.  
(3) Idem con D. Narciso Serra.  
(4) Idem con D. Ramon de Navarrete.

245-5

# EL ÁRBOL DEL PARAISO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Estrenada en el Teatro Español, el 24 de Diciembre de 1870.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1870.

EL ARBOL DEL PARAISO

## ADVERTENCIA.

Mucho tiempo hace que entre mis apuntes figuraba *El Árbol del Paraíso* como pensamiento para una comedia de costumbres. La lectura de una pieza francesa, en un acto, estrenada en París con escasa fortuna y bien diferente título el año 1855, me dió parte del plan y algunos de los caracteres. Al moldarlos á mi pensamiento han perdido de tal manera su nacionalidad, que me sería imposible determinar hasta dónde son aranceses y desde dónde son españoles. ¿Es esta obra, aunque con pensamiento propio, absolutamente original? Ciertamente que no. Se la puede calificar de traducción, refundición ó arreglo? Creo que mucho ménos. Sin pecar de inmodesto, estimo que hay en mi obra lo suficiente mio para no llamarla ajena. Cúmpleme, sin embargo, hacer estas aclaraciones ántes de que puedan hacérmelas como capítulo de cargos. Si *El Árbol del Paraíso* tuviera mal éxito, no la escudaría yo con aquella circunstancia. Por si le tiene bueno, debo declarar, que no todos los aplausos que el público tribute á esta obra, me pertenecen. Con los que buenamente me conceda la crítica me contento.

LIBRERIA

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

PERSONAJES.  
ACTORES.

## A LUISA, BENITA, LUZ Y JOSEFINA

ALVAREZ Y GUIJARRO.

Amigas mías: Cuando en este país de las grandes ingratitudes, y en esta época de las grandes traiciones, no podeis ofrecer á vuestros futuros esposos siquiera un millon de dote cada una, á pesar de haber sido vuestro padre Ministro de la Corona unas veces, Presidente del Congreso otras, y hombre político siempre, dicho se está que ni él es de los hombres que hoy se usan, ni vosotras de las jóvenes que hoy se estilan.

Vuestra cristiana educacion y vuestras virtuosas costumbres, reflejo de la limpia vida de vuestros padres, os libran de necesitar la leccion que se desprende del *Árbol del Paraiso*. No es dedico, pues, esta comedia para enseñaros nada, sino para compensaros en parte del mal rato de haberla oido, y para daros una pequeña prueba de la cariñosa amistad que os profeso, y de la leal admiracion que os tributo. Dadme en cambio una de vuestras francas sonrisas, y con ella quedo pagado.

LUIS MARIANO DE LARRA.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

ADELA.....	DOÑA MATILDE DIEZ.
CARLOTA.....	DOÑA ELISA BOLDUN.
GARCÍA.....	DON MANUEL CATALINA.
MARTINEZ.....	DON FLORENCIO ROMEA.
AGUILAR.....	DON JUAN CASAÑER.
UN CRIADO.....	»           »

La escena en Madrid y en nuestros días, en una casa del barrio de Salamanca.—La accion empieza á las diez de la mañana y concluye á las seis de la tarde del mismo día.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los Sres. *Cullou é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

«En las santas afecciones  
»de la madre y de la esposa,  
»para una mujer virtuosa  
»hay bastantes emociones.  
»Ser buena, honrada, sufrida  
»y vivir con buena fama,  
»para Dios, jese es el drama  
»verdadero de la vida!»

ACTO TERCERO.—*Escena última.*



## ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada.—En el fondo, puerta grande, que da al jardín.—Cuatro puertas laterales.—Un secreter de señora, á la izquierda; butacas, etc.—Velador con un periódico.

### ESCENA PRIMERA.

ADELA, á poco un CRIADO.

ADELA. (Sentada al secreter, escribiendo y leyendo en voz alta lo que escribe.)

«Tamberlik cantó el *Otello*

»de una manera admirable.»

Qué más? ah!... «Anoche asistimos

»Diego y yo al último baile

»de los condes de Padilla;

»yo llevé un precioso traje

»grosella, con viso blanco,

»que oscureció á mis rivales.

»Adios, querida Enriqueta,

»siempre tuya... Adela Marquez.

»Postdata.—Hace quince dias

»que no veo por mis lares

»á nuestro amigo Aguilar;

»qué ha sido de él? tú lo sabes?»

(Deja de leer lo que escribe.)

Necia de mí! ¿quién, leyendo  
estos párrafos triviales,  
no adivina que la carta  
está en la postdata?... Oh! ántes  
que saber de esta manera  
su estado desde aquel lance,  
prefiero ignorarlo todo... (Rompe la carta.)

CRIADO. (Anunciando desde el foro.)

Don Luis Aguilar.

ADELA. Que pase!

(El Criado permanece en el foro esperando órdenes.)

## ESCENA II.

ADELA, AGUILAR, por el foro; el CRIADO.

AGUILAR. (Con la mano izquierda metida en el pecho.)

Dispéñame usted, señora,  
si al pasar estos umbrales  
para ir á ver á su esposo,  
me he detenido un instante.

ADELA. Gracias, Aguilar. (Al Criado.) Andrés,  
ve si en el despacho hay alguién.

CRIADO. El señor bajó hace poco...

ADELA. Pregúntale si le es dable  
ver á don Luis al momento. (El Criado se va.)

AGUILAR. Adela!... (Acercándose con interés.)

ADELA. (Con gravedad.) Una sola frase  
y me retiro...

AGUILAR. Señora...

no tema usted un ultraje!...

ADELA. ¿Cuál mayor puede usted hacerme  
que volver?

AGUILAR. Oh! no se enfade

usted así.—Aquí no hay nada

que no pase en todas partes.

(Ni me pregunta siquiera...)

ADELA. (No me atrevo ni á mirarle!)

AGUILAR. Si he tenido la desgracia

horrible de enamorarme

como un loco, como un niño,

de usted!

ADELA. (Interrumpiendo con gravedad.)

Aguilar...

AGUILAR.

No es grave el caso, puesto que usted me rechaza inexorable!

ADELA. No basta eso! una imprudencia de usted... su mismo lenguaje, sus miradas persistentes, pudieran interpretarse, y yo quiero á mi marido...

AGUILAR. (Interrumpiéndola.)

Sí, ya lo sé; lo bastante para importarle muy poco mi suerte...

ADELA.

Hay que chancearse!... Pero, señor, ¿yo qué he hecho para que usted no se canse de perseguirme sin tregua?

AGUILAR. Qué es lo que ha hecho usted? no amarme!

ADELA. Pues no faltaba otra cosa!...

AGUILAR. (Con intencion.)

De algo debe usted acusarse!

ADELA. Yo!

AGUILAR. Sí. Una mujer conoce muy pronto el efecto que hace en un hombre...

ADELA.

Y la injusticia de los hombres es muy grande. Si á las primeras palabras, algo ambíguas ó galantes, respondemos con enojo: «¿por qué me habrá hecho un desaire?» dicen ustedes: «la necia »se figura que no hay nadie »que la hable cuatro palabras »sin que pueda enamorarse!» Sí, por evitar escándalos, ó por dudar si sus frases tienen el doble sentido que parece, á su constante persecucion no oponemos

lengua muda y rostro grave,  
de su amor participamos  
y nos gusta que nos amen!  
Contando á nuestro marido  
sospechas que nada valen,  
exponemos á dos hombres  
á que sin razon se maten,  
y ocultándoles el riesgo,  
damos motivo bastante  
para que un loco se crea  
que somos vanas ó fáciles!  
Digo á usted que el ser casada,  
y ser buena, y ser amable,  
una mujer en el mundo  
con ustedes, tiene lances!

AGUILAR. ¿Y qué hombre puede evitar  
que viendo en el mundo un ángel  
como usted, sienta su alma  
sufrir y despedazarse  
mirando ageno un tesoro  
de hermosura y de caracter!

ADELA. ¿Y por qué no hacen ustedes  
con la mujer, lo que hacen  
con la ambicion, las riquezas,  
el talento?...

AGUILAR. Qué?

ADELA. ¡Quedarse  
sin ellos, cuando otros tienen  
lo que á Dios le plugo darles!

AGUILAR. Se equivoca usted, Adela;  
posicion, oro, alta clase,  
aura popular, fortuna,  
todo, puede conquistarse.

ADELA. Menos la mujer agena...

AGUILAR. Para el hombre todo es fácil  
y con voluntad conquista  
fuertes más inexpugnables.

ADELA. Yo no soy fuerte y no quiero  
que á mí me conquiste nadie;  
que me dejen en mi casa  
vivir en paz!...

AGUILAR. Al mirarme

entrar hoy aquí... lo he visto,  
ha temblado usted.

ADELA.

Y dale!

Sí señor, le dije á usted  
claro, quince dias hace,  
despues de la escena horrible  
de que yo no soy culpable,  
y que á Dios gracias no fué  
segun veo, cosa grave, (Mirándole con intencion.)  
que saliera de esta casa  
para siempre; que olvidase  
su capricho...

AGUILAR.

Mi pasion.

ADELA.

Y que al mes de no mirarme  
de seguro olvidaria  
mis perfecciones vulgares.

AGUILAR.

Lo he intentado quince dias,  
los que he tardado en curarme  
no del todo.

ADELA.

(Con interés.) Ah... dura aún?...

AGUILAR.

Y hoy he vuelto más amante  
y más decidido á todo.

ADELA.

Yo ya no soy responsable  
de nada; yo hoy como siempre  
le digo que vuelve en balde;  
que no puedo amarle nunca,  
y que el hombre que no sabe (Con gravedad.)  
respetar de una señora  
el honor, aunque la ame,  
y la expone á consecuencias  
tristes y desagradables,  
ni es digno de que le aprecien  
ni merece que le hablen!

(Se dirige á la izquierda.)

AGUILAR.

Tiene usted el alma á prueba (La detiene.)  
de emociones... No se marche  
usted, Adela, yo soy  
el que se va; pero ántes  
de separarme de usted  
para un eterno viaje  
necesito hablarla.

ADELA.

(Sonriendo forzadamente.) Ya

hemos hablado bastante!

AGUILAR. Salga usted como otras veces (Suplicante.)  
al jardín...

ADELA. Yo!... Dios me guarde!  
Lo hacia cuando ignoraba  
su terquedad y sus planes;  
ya, delante de mi esposo  
le veré siempre!...

AGUILAR. Un instante  
no más!

ADELA. Ni medio!

AGUILAR. Mi muerte. (Con pasion.)

ADELA. Don Luis, no se mata nadie (Con risa forzada.)  
por tan poco...

AGUILAR. ¡Lo veremos!

Ya sabe usted que no hay nadie  
que á fuerza de voluntad  
y á saber sufrir me gane!  
Sabré no comprometerla...

ADELA. Cómo! (Conmovida.)

AGUILAR. Adios!

ADELA. Pero... (Y si lo hace?)

Mi esposo le aguarda á usted...

AGUILAR. Yo la espero...

ADELA. Será en balde!

AGUILAR. Se trata de mi existencia...

ADELA. Dios siempre lo mejor sabe!...

la culpa no es mia!

AGUILAR. Basta!...

(Me tiene miedo y es fácil

que si por honrada lucha,

se rinda al fin por cobarde!)

(Saluda con respeto y se va por el foro.)

### ESCENA III.

ADELA.

¡Aquí quisiera yo ver  
á una mujer de caracter!

Si callo me comprometo,

si hablo puede haber un lance;

si le oigo se creará amado;  
si no... puede que se mate ..  
¡Es posible que la paz  
del alma llegue á turbarse,  
porque así lo quiere un necio,  
un bribon ó un botarate!...  
Oh! y él no lo es... ¡aquel dia  
me dió la prueba más grande  
de amante y de caballero...  
Cómo sufrió sin quejarse...  
No hay remedio, es necesario  
que esta situacion se aclare.  
Yo hablo á Diego; pero ¿cómo  
se dice á un marido amable  
cariñoso «amigo mio...  
»mucho ojo... mira que hay alguien  
»que.. mira que hay quien se atreve...»  
no lo digo aunque me maten!...

MART. Adónde está? (Dentró.)

ADELA. ¡Mi marido!...

si él lo conociera... frágil  
esperanza! tendrá celos  
de quien en mí no repare,  
y de éste ni por asomo!

MART. (Ah! mi mujer aquí... diantre!  
cómo podría alejarla!...)

Y Aguilar? (Saliendo por el foro.)

ADELA. (Todos iguales!)

#### ESCENA IV.

ADELA, MARTINEZ.

ADELA. Se marchó, tiene que hacer.  
(Si en el jardin le encontrase,  
acaso sospecharia...)

MART. Y no ha querido aguardarme?

ADELA. Pues!

MART. ¿No te ha dicho la causa  
de su ausencia indisculpable!

ADELA. No!

MART. ¡Quince dias sin vernos,

sin venir á casa; él que ántes  
venia dos y tres veces  
á buscarme!

ADELA. Si, á buscarte!

Pues yo no le he preguntado...

MART. Eres con él poco amable...  
es un amigo modelo!...

ADELA. Tú crees!... (Esto sí que es grande.)  
Pues hijo... (Como tomando una resolución.)

MART. ¿Y están durmiendo  
los huéspedes?...

ADELA. Sí.

MART. Ya es tarde!

ADELA. Llegaron cansados!...

MART. ¡Vamos,

(Acercándose á ella con cariño.)

y tú... te encuentras más ágil?  
estás mejor?

ADELA. Yo!...

MART. No niegues

que hace tiempo tu semblante  
no es el mismo; hay en tus ojos  
más vaguedad... y cierto aire  
preocupado... tú siempre  
alegre, de buen carácter,  
estás hoy sobresaltada,  
inquieta...

ADELA. ¿Cuánto tiempo hace

que notas en mí ese cambio?

MART. Cinco ó seis meses... Hay tales

máridos, que nada observan,  
que miran á sus mitades

como á extrañas, que no pasan

por ellas esos afares,

esa atencion cariñosa

y dulce de los amantes.

Pero yo... entre mis negocios

y trabajos, el más grave

es querer á mi mujer.

y serla fiel y constante,

y mimarla...

ADELA. Zalamero!...

MART. No lo hago así?

ADELA. Sí lo haces.

(Y deje usted á un hombre así un noticion semejante.)

MART. Por fortuna, ya he notado algun cambio favorable

en tu salud ó en tus nervios de unos dias á esta parte!

ADELA. (Los quinze dias que el otro no ha pisado estos umbrales.)

MART. Yo me decia á mí mismo, ¿pero qué tiene mi ángel?

Mi mujercita... ese esplin, esa inquietud, de qué nacen?...

Hasta he consultado á un médico!

ADELA. Tú!

MART. Á un sabio!

ADELA. Sin avisarme?

MART. Y me ha dicho: «La mujer

»es un bicho inexplicable:

»cuando su felicidad

»es ya demasiado grande,

»puede hasta enfermar de pena

»de no regañar con nadie!»

ADELA. Y ese es un sabio?

MART. Un filósofo!

ADELA. Pues mira... yo...

MART. No me hables

de eso; estás mala de dicha!

Y si no... vamos por partes!

¿Quién es mas feliz que tú

en el mundo? Dilo, nadie!

¿Qué mujer tiene un marido

más honrado y más amable,

más leal, más cariñoso

y mejor, sin alabarme!

ADELA. No, sin alabarte, no!

MART. Pero es verdad!

ADELA. Adelante!

MART. Poseemos todas las

humanas felicidades;

yo tengo una esposa honrada,

bella, hacendosa y amable;  
tú tienes marido rico,  
no muy feo...

ADELA.

No! (Riéndose.)

MART.

Y constante...

género desconocido  
en huestes matrimoniales.  
Teneinos salud, dinero,  
casa con jardín, carruaje,  
sastre y modista de moda  
y un cocinero admirable:  
con todo esto y sin política,  
ni ambición, deudas ni afanes,  
dime si hay en todo el globo  
matrimonio semejante!

ADELA.

Todo eso es cierto, ciertísimo!  
no puede dudarlo nadie.

MART.

Salta á la vista; pero eso  
todavía no es bastante.

Yo quisiera que Madrid  
y que Europa se enterasen  
de tanta dicha; hay momentos  
en que quisiera dar parte  
por tarjeta á todo el mundo  
en letras así de grandes.

«Don Diego Martínez Luna

»y doña Adelaida Marquez,

»participan hoy á usted

»que no se cambian por nadie...

(Continuando en el mismo tono.)

ADELA.

«Y le suplican que vea

»este cuadro edificante,

»desde las nueve del día

»hasta las seis de la tarde,

»en el boulevard Serrano,

»que ántes lo fué de Narvaez,

»barrio aun hoy de Salamanca,

»y en la acera de los pares!»

MART.

Justo—ó mandar insertar,  
como hacen los charlatanes,  
en los mejores periódicos  
un anuncio de esta clase.

- A DELA. En letras gordas!
- MART. Muy gordas!  
«Se ofrecen treinta mil reales  
»al que pruebe que en el mundo  
»existe, en sus cinco partes,  
»matrimonio más dichoso  
»ni felicidad más grande,  
»que la de Diego Martínez  
»y doña Adelaida Marquez.»
- A DELA. Me parece buena idea!
- MART. Pero pudiera arruinarme  
de tanto pagar anuncios,  
y prefiero hacerlo gratis.
- A DELA. Cómo!
- MART. Mejor ocasión  
que la de hoy no ha de encontrarse.  
Ante tu amiga Carlota  
se desplegará brillante  
nuestra dicha conyugal.
- A DELA. Cierto!
- MART. Cómo va á envidiarte!
- A DELA. Antes de hablar de la nuestra,  
me permitirás que la hable  
de la suya:—aún no se yo  
si su marido la hace  
venturosa ó desgraciada!...  
Como llegaron tan tarde  
anoche, no tuvo tiempo  
para decirme dos frases  
seguidas...
- MART. Pues interrógala;  
ella á tí no ha de ocultarte...  
dos amigas de la infancia  
que no se han visto años hace!...  
No tengo yo gran idea  
de ese matrimonio...
- A DELA. ¡Sabes  
algo acaso... en qué te fundas?
- MART. Es una idea!
- A DELA. Y no salen?
- MART. Las doce! pues han dormido (Mirando el reloj.)  
doce horitas... es bastante!...

En Bailen ya lo comprendo,  
pero en Madrid!

ADELA. El viaje!... (Mirando al jardín.)  
(Qué va á hacer en el jardín  
inútilmente esperándome?)

MART. Qué miras?

ADELA. Nada!

MART. Algo tienes...

ADELA. (No hay remedio, debo hablarle,  
debo contárselo todo.)  
Pues bien...—(Va á hablar.)

MART. Calla, que aquí salen!

ADELA. (Se lo contaré á Carlota;  
ella podrá aconsejarme.)

MART. (Si no se van... no es posible  
que yo mi proyecto acabe.)

## ESCENA V.

DICHOS, CARLOTA y GARCÍA, por la derecha.

CARL. Buenos días!

ADELA. Dios los dé:  
un abrazo: vaya un sueño! (Se abrazan.)

GARCÍA. Era tan grande su empeño  
de ver á Madrid y á usted,  
que el placer sin duda alguna  
la ha embargado los sentidos!  
¡Por poco estamos dormidos  
de placer, hasta la una!

CARL. Si es falsa la deducción  
la premisa es verdadera:  
venir á Madrid! esa era  
mi más constante ambicion!  
y más estando tú en él...  
Tú, la amiga de mi infancia  
á quien tiempo ni distancia  
no han vuelto ingrata ó infiel!

ADELA. Ya sabes, Carlota mia,  
que mi afecto es verdadero,  
y que hoy te estimo y te quiero  
lo mismo que te queria!

- MART. Cierta, y como es de rigor  
que ustedes quieran hablar  
y otro tiempo recordar,  
como pasado, mejor,  
dejo á usted á mi mujer (Á Carlota.)  
y yo á su marido embargo.
- CARL. Muy bien.—Á usted se le encargo!
- MART. Así se le he de volver!
- CARL. El mentor te satisface? (Á Adela.)
- ADELA. Conmigo es siempre sincero.
- CARL. Son ustedes libres... pero  
cuidado con lo que se hace!...
- GARCIA. No tengas miedo; ya sabes  
que mi cabeza, aunque arguya,  
es más fuerte que la tuya.
- ADELA. Esas palabras son graves!
- CARL. Está tan débil la mía!
- GARCIA. Lo está al ménos para el uso  
que de ella haces.
- CARL. Ah! es que abuso...
- GARCIA. Algo de tu fantasía.
- CARL. Veamos mis malas prendas!
- GARCIA. Yo he prometido enmendar  
tu manera de pensar,  
y no es justo que te ofendas.
- CARL. No tal!
- GARCIA. Porque han de saber  
tu amiga y mi nuevo amigo  
que yo la dicha bendigo,  
de tenerte por mujer.  
Que es santo y puro tu afecto,  
que tienes mil prendas bellas,  
pero que asoma tras ellas  
un pequeñito defecto!...
- GARCIA. Si es pequeñito!...
- GARCIA. Lo es!  
Mas si no le echas la llave  
á tiempo, solo Dios sabe  
donde llegará despues!...
- ADELA. Dispuesto está el tribunal.
- MART. Cuál es esa imperfeccion?
- GARCIA. Una inmensa admiracion

para el bien ó para el mal,  
de todo cuanto traspasa  
el límite verdadero  
de la vida, y al sendero  
de lo extraordinario pasa!

ADELA.

No está eso claro!...

MART.

No sé  
la importancia que tendrá.

ADELA.

Usted exagerará!

GARCIA.

Señores—me explicaré.  
No es un defecto exclusivo  
de la que me dió su mano;  
le heredó el género humano  
de su padre primitivo.

CARL.

Si tan largo me lo fias...

ADELA.

Si de tan lejos lo toma...

MART.

Habrà que tomar á broma  
tan extrañas teorías!

GARCIA.

Si no me dejan hablar  
mal explicarme podré.

MART.

Tiene razon!

GARCIA.

Y tendré

que volver siempre á empezar. (Pausa)

Qué faltaba á Adán y á Eva  
en su encantada mansión?

Comerse, según Breton,

aquella manzana ó breva:

balla, que aunque tentadora,

puso la divinidad

á la ruin curiosidad

de la raza pecadora.

Eran en vida inocente

ignorantes, poderosos,

completamente dichosos,

felices perpétuamente;

hijos queridos de Dios

hubieran legado al mundo

aquel bienestar profundo

que disfrutaban los dos;

solamente era preciso

al bien de la raza humana,

no probar una manzana

del árbol del Paraiso.  
Y aquel par de mentecatos,  
perdóneime su memoria,  
teniendo en calma y en gloria  
los más suculentos platos;  
disponiendo á su placer  
de mares, cielos y flores,  
teniendo frutos mejores  
solamente con querer,  
perdieron ventura, calma,  
corona, inmortalidad,  
inocencia, castidad  
y salud de cuerpo y alma,  
por la estupidez curiosa  
de conocer lo ignorado  
y tirar un ruin bocado  
á una fruta verde y sosa.  
Ese afan de la madre Eva  
que nos perdió sin querer,  
va asomando en mi mujer  
para toda cosa nueva.  
Cánsala lo conocido,  
fatígala lo trillado,  
y aunque el cielo la ha otorgado  
todo cuanto le ha pedido,  
será hasta capaz de odiar  
la ventura que disfruta  
si ve en su vida una fruta  
de que no pueda probar!  
Ved si hago bien en temer  
un defecto que al alma lleva,  
que empezó en nuestra madre Eva  
y llega hasta mi mujer!

- ADELA. No lo ha explicado usted mal,  
mas de su temor me rio,  
porque ese es, amigo mio,  
el pecado original.  
Si con él todos nacemos,  
todos de él participamos;  
defectos que así heredamos  
muy mal corregir podremos!
- GARCIA. En eso estriba el talento:

en aceptar de la vida  
la ventura conocida  
ó el sabido sufrimiento.  
En no pedir maravillas  
á la misera existencia,  
en aceptar con paciencia  
las emociones sencillas,  
y en conocer que el mortal  
á quien no basta su edem,  
se pone á perder el bien  
por querer saber del mal.

ADELA.

Es usted un rigorista!

CARL.

Mas parece un misionero!

GARCIA.

Molestarlas más no quiero,  
pero no es porque desista.

Tenga ó no tenga razon,  
haga usted bien comprender (A Adela.)

á mi querida mujer,  
á quien amo con pasion,  
que Dios le da á cada uno  
aquí su línea trazada,  
y que nunca niega nada  
á quien le pide oportuno;  
que sujetarse es preciso  
al camino que tomemos,  
y que si todos tenemos  
nuestro árbol del paraiso,  
el que de esa fruta insana  
tenga deseos vehementes,  
debe arrancarse los dientes  
por no morder la manzana.

CARL.

El que oiga á mi amado esposo (Picada.)  
creará que yo escucho al diablo,  
y que quiero...

GARCIA.

Es que yo hablo  
en sentido decoroso.

No es el fruto prohibido  
lo que así arrastra tu mente,  
es la insensible pendiente  
que va á lo desconocido.  
Y ya basta de sermon,  
que mi cariño disculpa,

- si es que pequé, *mea culpa*,  
échame la bendicion.
- CARL. Qué hago? (Á Adela.)  
ADELA. Siempre perdonar!  
MART. Bendita sea tu boca.  
CARL. Concedido!  
MART. Á mí me toca!  
ADELA. Has llegado tú á pecar?  
MART. Si es fuerza ser pecador  
para abrazarte despues,  
me voy á echar á tus piés.  
ADELA. En mis brazos es mejor!  
MART. Voy. (Yendo á abrazarla.)  
ADELA. Pero hombre!... (Deteniéndole á media voz.)  
MART. Ay! es verdad!...  
dispensen ustedes si...  
No es de buen tono...  
GARCIA. Por mí!  
MART. Es mi gran debilidad:  
si el amor de mi mujer  
es mi árbol del Paraiso,  
que me condene es preciso,  
porque me le he de comer.  
ADELA. Vamos!  
MART. Sí, tienes razon,  
hasta despues...  
(Besando la mano de su mujer.)  
ADELA. Caballero!... (Deteniéndole.)  
MART. Monísima!... (Echándola un beso.)  
TODOS. Ah! (Riendo.)  
MART. Es que la quiero  
con todo mi corazon.  
(Vánse Martínez y García por la derecha.)

## ESCENA VI.

ADELA, CARLOTA, sentándose.

- CARL. Cuánto te ama tu marido...  
si lo que reluce es oro...  
ADELA. ¡Inagotable el tesoro  
de su amor me ha concedido!  
Y tú, segun puedo ver

á pesar de su homilia,  
disfrutas la suerte mia!

CARL. Hija, que le hemos de hacer!... (Abuerida.)

ADELA. Dar muchas gracias á Dios,  
cuando hay tantas desgraciadas,  
al mirarnos tan amadas  
y queridas por los dos!

CARL. Cierto!

ADELA. Lo dices de un modo!

¿Qué, acaso como temias  
por mí, son tus alegrías  
exteriores?...

CARL. Hay de todo!

ADELA. Vamos! tu marido muda  
de carácter cuando hay gente!...  
será irascible... exigente...

CARL. Oh! no!

ADELA. Celoso sin duda?

CARL. No!

ADELA. Vamos, tendrá en conciencia  
algun defecto importuno!

CARL. No le conozco ninguno;  
¡figúrate qué existencia!  
¡Él celoso! (Sonriendo.)

ADELA. No?

CARL. Y de quién?

vivimos solos y aislados  
en los yermos olvidados  
de los campos de Bailen.  
Allí tiene mi marido  
una casa solariega,  
y allí á la dicha se entrega  
de quererme y ser querido.  
Sólo pasan el umbral  
de aquel adusto santuario,  
el alcalde, el boticario,  
el juez ó un guarda rural.  
Á montes que nuestros son  
suele ir á caza mi esposo,  
y yo odiando aquel reposo  
y aquella eterna inaccion,  
paso la vida leyendo,

y con estupor mirando...  
que mi esposo va engordando  
y yo voy enflaqueciendo.  
Soy feliz, ¡no lo he de ser!  
pero en mi suerte tirana  
será mi dicha mañana  
idéntica á la de ayer.

MI VIDA corre enojosa  
sin dolor, afán ni guerra;  
si eso es la dicha en la tierra  
la dicha es muy fastidiosa!

ADELA. Monte tuyo... hermosa casa!

CARL. Oh!

ADELA. Jardin con flores...

CARL. Sí...

ADELA. Marido que cifra en tí  
su dicha, y oro sin tasa  
que dar á la caridad,  
y á más de todo virtud...  
independencia y salud,  
esa es la felicidad!

CARL. No es esa la vida, no,  
siempre en el fiel como un peso;  
no ha nacido para eso  
el alma que Dios nos dió!  
No es viviendo entre terrones  
y en la inaccion donde empleas  
el volcan de las ideas  
y el fuego de las pasiones.

En vano llamas vivir  
á esta calma á que me inmolo;  
no hemos nacido tan solo  
para comer y dormir.

ADELA. Ah! si tu imaginacion  
llama dolor al reposo,  
ya veo yo que tu esposo  
tenia mucha razon.

CARL. En mi eden, como le llamas,  
otro mundo he conocido...  
he leído!...

ADELA. Y qué has leído?

CARL. Novelas, comedias, dramas...

- ADELA. Ya!
- CARL. Sé lo que me dirás:  
sueños, ficciones, locuras:  
porque estudiar no procuras  
la sociedad en que estás...  
Lee esas causas criminales  
de que da cuenta la prensa  
todos los días, y piensa  
que esos son hechos reales.  
Dí si son invento mío  
la traicion del seductor,  
el suicidio por amor,  
las muertes en desafío;  
la hija que huye de su hogar  
con quien su nombre desdora;  
la amante envenenadora  
de quien la llega á olvidar;  
la relacion exactísima  
de aquel inglés que por celos  
degolló á sus dos abuelos.
- ADELA. Ave-María Purísima... (Santiguándose.)
- CARL. Oh! riete cuanto quieras,  
pero todos esos seres  
son hombres y son mujeres.
- ADELA. Á mí me parecen fieras!
- CARL. Para amar esta inaccion  
en que nuestra alma se agita,  
créeme, se necesita  
carecer de corazon!
- ADELA. ¡Ay amiga de mi alma,  
te veo en muy mal camino!  
aborreces tu destino  
y odias tu dichosa calma.  
Si te das á esos extremos  
y al mal gusto de envidiar  
á tanto loco de atar...  
hija... manzana tenemos!
- CARL. Una cosa es la emocion  
y otra seria perderme...  
yo sabria detenerme  
al pie de la tentacion.
- ADELA. Tu sed no se apagará,

Carlota, tan fácilmente;  
¿quién con sed junto á una fuente  
contempla el agua y se ya?  
Pero oye: ya que tu gloria  
cifras en esas pasiones  
de terribles emociones,  
voy á contarte una historia!

CARL. Tú...

ADELA. Yo! la mujer de prosa;  
y esa historia te hará ver  
que el alma de una mujer  
ya no puede ser dichosa,  
con solo el temor pueril  
de vivir en drama.

CARL. Oh!  
y es tuya esa historia?

ADELA. No;  
pero le ha pasado á mil.  
Veamos.

CARL. Figúrate

ADELA. un matrimonio modelo;  
él viendo en su esposa el cielo,  
ella amándole con fe.  
Su boda no fué el final  
de una pasión borrascosa  
y feroz, sino la cosa  
más sencilla y natural.  
Él era un hombre de bien,  
ella una mujer honrada;  
se vió un día arrodillada  
ante el cura y dijo amen!

CARL. Vulgar es la relación  
y prosáico el matrimonio.

ADELA. Ya llega pronto el demonio  
á estropear la función.  
Tras de boda tan sencilla  
nació el afecto, la calma,  
la dicha, la paz del alma;  
y aquel hombre y su costilla,  
contentos con su fortuna  
y viviendo sin demencia,  
su venturosa existencia

no cambiaban por ninguna.  
De pronto, en su hermoso eden,  
lo mismo que en el de Adán,  
se escurrió con vil afán  
otra serpiente también;  
y convencerla á ella quiso  
con seducciones humanas,  
de que aún tenía manzanas  
el árbol del paraíso.

CARL. Ah!

ADELA. Un hombre...

CARL. Ya pareció!

ADELA. No había de parecer?...  
Llegó á amar á esa mujer  
y su amor no la ocultó...  
Ya se hizo el interesante,  
ya el desdichado y celoso,  
y atentando á su reposo,  
con su pasión incesante,  
la persiguió á todas horas,  
y ella sufrió, mal su grado,  
su lenguaje apasionado,  
sus miradas seductoras.  
En balde ella le negaba  
su admiración y su oído;  
cuando en casa recogido  
el matrimonio quedaba,  
él, con la vista llorosa,  
pasaba la noche en vela  
en la calle, centinela  
de su ingrata desdeñosa.

CARL. Ah!

ADELA. Si ella de vez en cuando  
la cortina descorría,  
sin verla él, le veía  
fijo, aun lloviendo, aun nevando.

CARL. Á eso obligan las pasiones...  
¿Qué importan frío y calor  
cuando se tiene un amor...

ADELA. (Interrompiéndola.)

CARL. Á prueba de chaparrones!  
Sufrir nieves, sufrir aguas...

Por fuerza ese hombre tendria  
mucho amor!

ADELA. Lo que tenia  
era un hermoso paraguas!

CARL. ¿Cuándo has visto tú á un marido  
por su mujer de ese modo!

ADELA. Ah! tú le quieres con lodo,  
lo pondrá todo perdido.

CARL. Sigue...

ADELA. Viendo esa mujer  
la obstinacion peligrosa  
de aquel hombre, y siendo esposa  
amiga de su deber,  
una entrevista aceptó  
para decirle: «de hoy más  
no vuelva á casa jamás!»

CARL. Ya lo entiendo, y no volvió...

ADELA. El pintó su ardiente llama,  
amenazó con matarse,  
ella tembló al contemplarse  
heroína de aquel drama,  
y cuando oyó á su marido  
que llegaba, con terror  
encerró en el tocador  
al seductor atrevido.

CARL. Ay, me late el corazon!...  
¡qué situacion tan terrible!

ADELA. Escucha! ¡hay algo de horrible  
tambien en la relacion!  
En su espanto sobrehumano  
y al ver su desgracia cierta,  
cerró de golpe la puerta  
y le destrozó la mano!

CARL. Ah!... él dió un grito... el otro entró...

ADELA. No tal—al sentirse herido  
no hizo el más pequeño ruido.

CARL. Sublime!

ADELA. No se quejó!

CARL. Y ella aun dudó de su amor?

ADELA. No sé si dudó en tal trance,  
mas á pesar de aquel lance  
sé que honrada continuó...

CARL. Mujer fuerte!...

ADELA. El riesgo aquel  
la hizo insistir más y más  
en no escucharle jamás,  
en que no volviera!

CARL. Y él?

ADELA. Obedeció quince días;  
y ella al ver libre su alma,  
volvió á disfrutar con calma  
sus serenas alegrías...

CARL. Ya!...

ADELA. Pero él volvió despues;  
y hoy tienes á esa infeliz  
sin cometer un desliz  
desgraciada como ves.  
Ó á su marido le cuenta  
como debe lo ocurrido,  
y expone así á su marido  
quizá á una escena sangrienta;  
ó calla y sufre y sostiene  
una situacion forzada,  
que á ninguna esposa honrada,  
como es justo la conviene.

CARL. Pero adorada se ve!

ADELA. Lo que se ve es aburrida;  
echa de menos la vida  
feliz, que su dicha fué.  
Y ahí verás que esos temores  
y esos sueños insensatos  
solo causan malos ratos,  
aun no pasando á mayores.  
Figúrate qué placeres  
pueden causar las pasiones,  
cuando en tales situaciones  
colocan á las mujeres.  
¿Cuál será el placer final  
de un amor por Dios maldito,  
si la sombra de un delito  
hace al alma tanto mal?  
Créeme, Carlota mia;  
la humana felicidad  
no estriba en la vanidad

de verse adorada un día.  
No consiste en el anhelo  
de tener al alma en guerra,  
ni de arrastrarse en la tierra  
teniendo la paz del cielo.

Amarga la fruta da  
ese árbol que Dios plantó;  
Dios mismo nos le vedó  
y muy bien vedado está.

CARL. Puede que tengas razón;  
siempre pensé de otra suerte,  
pero no juzgo muy fuerte  
á mi ardiente corazón,  
y si me viera algún día  
en esa situación rara...  
por mucho que me encantara  
yo creo que me moría!

### ESCENA VII.

DICHAS, MARTINEZ, por el foro.

ADELA. (Cállala... mi marido.)

MART. Aún...

(Diablo) dura la entrevista...

CARL. ¿Ha perdido usted de vista  
á mi marido?

MART. Según...  
se encontró á un antiguo amigo  
y ha prometido volver.

ADELA. Y tú qué vienes á hacer?

MART. Yo vengo á reñir contigo.

ADELA. Por lo extraño me contenta.  
Habla! que me haces pensar!

MART. De ese lance de Aguilar  
como no me has dado cuenta!

ADELA. Cómo! (Turbándose y levantándose.)

CARL. Qué tienes! (Sorprendida.)

ADELA. (Procurando serenarse.) No entiendo.

MART. Me ha dicho el médico aquel,  
que sufrió un golpe cruel...

ADELA. Quién, Aguilar?

- MART. Si.—Tremendo!  
se cogió con una puerta  
los tres dedos de la mano...
- ADELA. Ah!
- CARL. (¡Eras tú!) (Sorprendida, con rapidez á Adela.)
- ADELA. (Calla!)
- MART. No en vano  
no venia.
- ADELA. Sí? no acierta  
mi razon... y yo qué tengo  
que ver?...
- MART. Él ha dicho allí  
que recibió el golpe aquí...  
y yo á preguntarte vengo...  
como no me has dicho nada...
- ADELA. Ya ves fué un lance casual;  
se marchaba y cerró mal...
- MART. Pues la mano destrozada!...
- ADELA. Yo no creí...
- MART. Yo decia,  
cuando ese chico no viene  
á nuestra casa—algo tiene...  
pero no me suponía...  
Quince dias le ha durado  
la curacion.
- ADELA. ¿Ya está bien?
- MART. Pues no le has visto tambien  
hoy aquí!
- ADELA. Se me ha olvidado!  
cierto... mas tuvo que hacer  
y por eso no esperó...  
recíbele tú... qué yo  
voy á salir...
- CARL. (Interrumpiéndola.) Quiero ver  
Madrid, y es muy natural  
que esta me vaya enseñando...
- MART. Muy bien hecho; y hasta cuándo?
- CARL. Tarde, si no nos va mal.
- MART. Pues á divertirse...
- ADELA. (Con sonrisa forzada.) Eso es...
- MART. Tú estás bien?
- ADELA. Perfectamente!

- MART. Y esa manita? (Pidiéndole la mano, que besa.)  
ADELA. Exigente!  
CARL. Adios.  
MART. Estoy á sus piés.  
CARL. (Te sientes mal?) (Á Adela.)  
ADELA. (Muerta estoy!...  
aprende y observa en mí!...)  
CARL. (Qué va á pasar hoy aquí?)  
MART. (Qué tendrá mi mujer hoy?...)  
(Las dos se van por el foro. Martinez se queda con-  
templándolas. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

---

## ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

### ESCENA PRIMERA.

MARTINEZ asoma la cabeza por la puerta de la derecha y sale á la escena.

¡Nadie!—Silencio profundo,  
soledad completa.—¡Bravo!  
Estoy libre, puedo ahora  
aprovechar este rato  
y dejarlo todo á punto  
de estallar... Mañana sábado,  
(Como quien lee un programa de funcion.)  
veinticuatro de setiembre,  
y feliz aniversario  
de mi boda con Adela;  
á los ocho menos cuarto  
de la noche, ochenta cohetes  
cruzarán por el espacio;  
y entre luces de bengala,  
en un templete romano  
aparecerán de pronto  
nuestros nombres enlazados.  
¡Gran sorpresa de los huéspedes  
y encantadores aplausos

de Adela, que pagará  
mi obsequio con un abrazo!  
Yo sé bien que esto es ridículo  
en la época en que estamos:  
sé que es moda aparentar,  
aun sintiendo lo contrario,  
aversión á nuestra esposa,  
hastío de sus encantos;  
pero yo que sé que el mundo,  
cuando de él somos esclavos,  
nos quita nuestra ventura  
y no nos da nada en cambio,  
querré siempre á mi mujer  
y la haré mimos y halagos,  
y seré feliz lo mismo  
que el día que nos casamos!  
¡Ese Andrés, por qué no viene?...  
(Mirando por la ventana que da al jardín.)  
Ah! creo que sale del cuarto  
del pabellon... me hace señas...  
y corre... algo habrá pasado!

## ESCENA II.

DICHO, CRIADO, azorado por el foro.

- CRIADO. Señor...  
MART. Qué ocurre?...  
CRIADO. Una cosa  
que no me explico!...  
MART. Habla claro.  
CRIADO. Esperando á que bajara  
usted como me ha encargado,  
fuí al pabellon del jardín,  
donde están todos los trastos  
de los fuegos, para atar  
las últimas ruedas...  
MART. (Con impaciencia.) Vamos,  
al hecho.  
CRIADO. Llegó á la puerta,  
empujo, y por más que hago

no puedo abrir... doy un golpe  
con más fuerza y la entreatro,  
pero al mismo tiempo noto  
que empujan del otro lado.

MART. Cómo!

CRIADO. Y he creído ver  
á un hombre...

MART. (Sorprendido.) Qué!

CRIADO. Por si acaso  
no me engañaba, dos vueltas  
eché á la llave y la traigo.

MART. Bien has hecho, ven... (Dirigiéndose al foro.)

CRIADO. Ahora  
si quiere escaparse el pájaro  
saltará por la ventana.

MART. Eso es lo que hace; es extraño!

(Mirando otra vez al jardín.)

Un ladrón... al medio día...

Qué veo!... (Sorprendido.)

CRIADO. (No está esto claro!...

Como no quieran robar  
las voladoras del amo!)

MART. Es Aguilar!... Chis!... Chis!... Luis,

(Llamando por la ventana.)

por aquí... Vete... (Al criado.) es un chasco  
que me iba á dar un amigo!

(Con sonrisa forzada.)

(Qué es esto!)

CRIADO. (Lance más raro!)

MART. Ni una palabra! (Con gravedad.)

CRIADO. Señor!... (Inclinándose.)

MART. (Incomprensible es el caso!)

### ESCENA III.

MARTINEZ, AGUILAR por el foro al mismo tiempo que se  
va el Criado.

MART. (La turbacion de mi esposa...

este escondite... ¡Dios Santo!

valor y prudencia!) Diantre,

(Con fingido buen humor.)

Aguilar... yo en mi despacho  
esperaba tu visita  
y te sorprendo saltando  
por los muros del jardín...  
¿Qué broma es esa? No alcanzo...

AGUILAR. (Me pilló.) ¿Cuál es la broma?

MART. El lance es extraordinario!

AGUILAR. Mi conducta es bien sencilla!

(Procurando serenarse.)

(Qué le digo?)

MART. Sin embargo...

No lo parece...

AGUILAR. Apariencias...

MART. Aguilar—hablemos claro.

AGUILAR. Yo me explicaré.

MART. Eso ansío.

AGUILAR. Yo me oculté en aquel cuarto

por no ser visto.—Me opuse

á que entrara tu criado

para no ser conocido,

y quise escapar de un salto

por la ventana, al notar

que me habian encerrado!

MART. Y es esa la explicacion!

Lo mismo que ántes estamos!

Aguilar—yo necesito

la verdad—y ya me canso

de esperarla inútilmente!

AGUILAR. (Y tiene razon!) No en vano (Con misterio.)

te tengo por buen amigo...

(Audacia!...) Estaba aguardando

á una persona...

MART. Una cita!...

AGUILAR. Sí. Dispénsame si callo;

el nombre de una mujer

siempre debe ser sagrado.

MART. Poco á poco. Aquí en mi casa!

AGUILAR. Justo.

MART. (Me gusta el descaro.)

Sólo hay aquí tres mujeres;

la mia...

AGUILAR. (Interrumpiéndole.) De esa no hablamos:

Yo te juro...

MART. Lo supongo  
sin que haga falta jurarlo...  
La segunda es tu doncella  
que ya tiene cuarenta años,  
y la tercera es la madre  
del portero.

AGUILAR. Sin embargo...

MART. De modo que no... Ah! qué ideal  
es posible!—Sería acaso?...

AGUILAR. Justo... (Yo no sé quién es. (Interrumpiéndole.)  
Pero ahora con bien salgamos,  
después sea como sea  
ya habrá tiempo de arreglarlo.)

MART. (Carlota... que llegó ayer...)

AGUILAR. Puesto que lo has acertado  
ya quedarás satisfecho...

MART. Sí; no puedes ser más franco,  
y aunque debiera enojarme  
disculpo tus pocos años.  
Pero necesito entera  
confesion de tu pecado:  
lo primero es evitar  
de esa locura el escándalo.

AGUILAR. Esa mujer cuyo nombre  
no pronunciarán mis labios...

MART. Bien hecho!

AGUILAR. (Ya que lo ignoro)  
aunque me hagan mil pedazos...

MART. Pero estando aquí el marido!... (En confianza.)

AGUILAR. Para el amor no hay obstáculos;  
á él le toca defenderse,  
á mi amor dar el asalto!

MART. Grandes máximas, amigo,  
y vienes así á contárselo  
á un compañero del gremio?...

AGUILAR. Tú eres muy distinto!

MART. Claro,  
ya lo sé... pero con todo...  
somos colegas... hermanos  
de la misma cofradía...

AGUILAR. Te juro no dar un paso

- más en tu casa, que pueda...
- MART. Pero ahora que me hago cargo. (Reflexionando.)  
Ella de aquí no ha salido  
hasta hace una hora; cuándo  
la has visto?... si llegó anoche...
- AGUILAR. (El lance apura!...) No he estado  
yo quince días ausente?
- MART. Cómo! el lance de la mano...
- AGUILAR. Era una farsa. Yo me he hecho  
el enfermo, y mientras...
- MART. Vamos!
- AGUILAR. Corria tras ella y nadie  
sospechaba lo contrario.
- MART. Ah, ya, vienes de Bailén  
triumfante como Castaños?
- AGUILAR. De Bailén? Sí...
- MART. Victorioso  
y feliz?
- AGUILAR. No he dicho tanto.
- MART. Pues Aguilar: es preciso  
que echemos en serio un párrafo.  
Si esa mujer desgraciada  
á tu amor ha dado pábulo  
y está á punto de olvidar  
por tí sus deberes santos,  
advierte que su marido  
debe ya sospechar algo!
- AGUILAR. No lo creo.
- MART. Esta mañana  
aquí mismo ha censurado  
la tendencia de su esposa  
á andar por imaginarios  
paraísos ..
- MART. Mas de mí?...
- AGUILAR. Oh! no, á tí no te ha nombrado:  
Ya decia yo!...
- MART. Ahora bien,  
qué es lo que tú vas buscando?  
Un triunfo á tu vanidad,  
y un castigo ó un escándalo  
si el marido te sorprende  
como yo!... ¡Vale eso acaso

el peligro de tu vida,  
la ruina de un hombre honrado,  
la honra de una mujer  
y su perdición acaso?...  
Aguilar...

AGUILAR. Una pasión  
santifica sus estragos...

MART. Déjate ya de pasiones,  
que todas tienen mal pago;  
la de Cristo fué sublime,  
y al fin le crucificaron!

AGUILAR. Fuera además cobardía  
abandonar así el campo.

MART. Están los dos en mi casa:  
sea para tí sagrado  
este recinto.

AGUILAR. Haré todo  
aquello que esté en mi mano.

MART. Lo mejor es que no vuelvas  
por ahora á visitarnos.

AGUILAR. Cómo! me echas de tu casa?

MART. No quiero hacerla teatro  
de aventuras novelescas  
por lo ménos.

AGUILAR. En tal caso  
libre soy! puedo sin trabas  
proseguir lo comenzado.

MART. He apelado á tu honradez  
y á tu corazón hidalgo;  
mas si prosigues tu empeño,  
tanto peor para entrambos;  
yo, con cerrarte mi casa  
desde hoy, me labo las manos.

AGUILAR. Mi secreto de tí fio.

MART. Guárdale tú, por si acaso,  
algo mejor que hoy lo has hecho  
conmigo y con mi criado.

AGUILAR. Volveré.

MART. Si te arrepientes...

AGUILAR. Adios!

MART. Volverás en vano!

AGUILAR. (Yo ya enmendé mi imprudencia...)

MART. (Váse por la derecha.)  
(Reflexionemos despacio!...)

## ESCENA IV.

MARTINEZ.

Está visto, este es un mozo  
de esos que están decididos  
á cazar á los maridos  
sin conciencia y sin rebozo.  
Sin duda conoceria  
á Carlota de soltera,  
y ella, ignorante ó ligera,  
ese amor alentaria...  
y hoy le seguirá alentando,  
puesto que él se atreve así...  
¿qué debo yo hacer aquí?  
No puedo seguir callando!...  
debo indicar al marido  
su desventurada estrella,  
ó debo advertirle á ella  
que todo lo he sorprendido?  
Forzoso es que yo la diga...  
y ahora que pienso mejor,  
este negocio de amor  
se lo ha contado á su amiga...  
No hay duda!... eso debe ser...  
lo tendrá por una hazaña!...  
ahora comprendo la extraña  
turbacion de mi mujer...  
Su sorpresa cuando yo  
conté el lance de la puerta...  
¡como que ella estaba cierta  
de que en casa no ocurrió!...  
Y gracias á que mi Adela  
es de lealtad un templo,  
porque si no, el mal ejemplo  
podria... ¡bonita escuela!  
Cortaré el mal de raiz...  
hay ya motivos bastantes...  
sí... que se vayan cuanto ántes

y que me dejen feliz!  
Creo oír... sí; han vuelto ya...  
(Mirando hacia la izquierda.)  
Va Adela á su tocador...  
cuanto más pronto mejor!  
Adela... chís—ven acá!  
(Se acerca á la puerta y llama.)

### ESCENA V.

MARTINEZ, ADELA, quitase el sombrero.

ADELA. Tú aquí!... (ya se habrá marchado!)  
(Mirando al jardín.)

MART. Oye.

ADELA. Me voy á quitar...  
(Dirigiéndose á su tocador.)

MART. Deja... tenemos que hablar  
de un asunto reservado.  
(Gozaré en su turbación.)

(Adela se quita el sombrero y le coloca sobre una silla en segundo término.)

ADELA. ¡Muy corto ha sido el paseo!  
Tenía jaqueca creo  
Carlota...

MART. Si y con razón!

ADELA. No te entiendo.

MART. Ven aquí...

levanta tu hermosa frente,  
siempre pura é inocente;  
deja que te mire así...

ADELA. (¡Qué!) (Algo turbada.)

MART. Deja que mire en calma

de tus ojos el reflejo,  
único y seguro espejo  
donde se retrata el alma.

No los bajas encendidos,  
tú que honrada y buena eres;  
eso lo hacen las mujeres  
que engañan á sus maridos!

ADELA. Cómo!—sospechas tú acaso?... (Turbada.)  
no tienes prueba ninguna!... (Con dignidad.)

- MART. Es que yo conozco á una  
que se encuentra en ese caso.
- ADELA. Tú!... Pueden las apariencias  
engañar, y yo te juro...
- MART. No, hija mía, estoy seguro...
- ADELA. En qué fundas tus creencias?
- MART. En un hecho consumado.
- ADELA. No puedes equivocarte?
- MART. No, porque voy á contarte  
todo lo que aquí ha pasado.
- ADELA. Aquí.
- MART. ¿Á quién dirás en fin  
que he pillado y sorprendido  
encerrado y escondido  
en el cuarto del jardín?
- ADELA. (¡Ah!) Bien... yo te explicaré.
- MART. Ya! tú estás en el secreto...
- ADELA. Ten calma y yo te prometo  
contarte...
- MART. Si ya lo sé...
- ADELA. Tú!...
- MART. Descubierta Aguilar,  
no ha tenido más remedio  
que contar de medio á medio  
su secreto singular.
- ADELA. Ah! te ha dicho?... (qué osadía!...)  
Pero tú no habrás creído  
aún ántes de haberme oído...
- MART. Por qué no? si él lo decía?...
- ADELA. Oh! tal vez un duelo estando  
inocente yo de todo...
- MART. Un duelo, de ningun modo...  
no volviendo aquí... y callando...
- ADELA. Ah! mejor... y qué te ha dicho?  
vamos!... cuanto más lo pienso...
- MART. Que era ya antiguo é inmenso  
ese amor ó ese capricho;  
al pronto no entendí bien;  
como ayer llegó la bella...
- ADELA. Qué!
- MART. Pero él vino tras ella  
corriendo desde Bailén.

- ADELA. (Ah! por no comprometerme le habrá dicho que Carlota...)
- MART. Ya ves si el marido nota...
- ADELA. (Oh! yo no quiero valerme de esa infamante mentira!)  
Conque Aguilar asegura que ama á Carlota?
- MART. Y lo jura.
- ADELA. Vamos, Aguilar delira.
- MART. Calla! esto tiene que ver! (Sorprendido.)  
tan es así, que ha pasado allí... los dias que ha estado enfermo.
- ADELA. No puede ser!
- MART. Por no dar que sospechar con quince dias de ausencia, ha tenido la paciencia, ó el buen tino, de inventar esa peligrosa herida! El médico lo ha sabido sin duda, y han convenido que peligraba su vida si veía á alma viviente en ese plazo.—Cazaba (Con malicia.) García, y él se explicaba en Bailén perfectamente!
- ADELA. (Habla con sinceridad ó quiere tenderme un lazo!)
- MART. Rechazas aún!...
- ADELA. Rechazo todo lo que no es verdad!
- MART. Vamos, la verdad te obliga á desmentir esa historia! Accion es muy meritoria que defiendas á tu amiga! Pero es inútil que á mi me lo quieras ocultar.  
Yo te prometo callar; pero algo exijo de ti.
- ADELA. Habla! (No sé comprender!...)
- MART. Yo no sé si razon tiene; pero á mí no me conviene

tu amistad á esa mujer.  
Haz, pues, por irla indicando  
que es muy estrecha la casa...  
y que si aquí se propasa  
á querer ir practicando  
lo que en lenguaje conciso  
su marido, con razon,  
llama incipiente aficion  
al árbol del paraiso,  
yo, que sé la historia entera,  
tal aficion no consiento:  
al marido se lo cuento  
y suceda lo que quiera.

ADELA. (Será verdad?)

MART. Ella es lista!...

ADELA. (Sabria que ella pensaba  
venir, y á mí me asediaba  
para hacer perder la pista!...)

MART. (La ha asustado tal cinismo!)

ADELA. (Me tomaban por juguete  
los dos!...)

MART. (La he puesto en un brete...)

ADELA. (Exponerme su egoismo  
á un lance, ¡qué infame accion!)  
Y tú le has visto la mano?

MART. (Yo no, mas mentir es sano  
cuando es con buena intencion.)  
La mano suya?

ADELA. Sí tal!...

MART. Cuando coloca así el puño  
se vé un pequeño rasguño...  
pero nada... natural.

ADELA. (Ah!... yo vengarme sabré,  
sin perderlos, en los dos...)

MART. Pues ya que, gracias á Dios,  
todo el lance averigüé...  
háblala al alma...

ADELA. Sí, sí...

MART. Pinta con tristes colores  
el fin de tales amores!

ADELA. Descuida.

MART. (Mirando por la izquierda.) Ella viene aqui!

Sé patética!

ADELA.

Hay razon.

MART.

Yo quiero oírte... me escondo...

ADELA.

Ah!

MART.

Saca ese alma del fondo  
de su eterna perdicion!

(Se esconde con rapidez tras las cortinas de la puerta  
de la derecha.)

## ESCENA VI.

ADELA, CARLOTA, MARTINEZ, escondido.

ADELA.

(No me importaba ese hombre  
ni creía en su amor loco!  
¡mas servir yo de tan poco!...  
se ha de acordar de mi nombre!)

CARL.

Pero dónde te has metido?...

ADELA.

Aquí!..:

CARL.

¡Buena compañera  
tengo yo!

ADELA.

(Si no estuviera  
oyéndonos mi marido...)  
Se te pasó ya el dolor (Con ironía.)  
de cabeza?

CARL.

Te aseguro  
que pasé por tí un apuro...

ADELA.

Lo creo; y estás mejor?... (Con rapidez.)

CARL.

Sí... no era nada, estoy buena!

ADELA.

Lo malo es si aquel vahido  
ocultaba un mal dormido (Con intencion.)  
y cruel!

MART.

(Ya entra en escena!)

CARL.

(Lo dice por ella, es claro.)  
Sí, esos males son estremos...  
estamos solas... podemos  
hablar aquí sin reparo!  
(Consolarla es mi deber...)  
Triste es perder nuestra calma,  
mas tambien encuentra el alma  
en esa pena un placer!

- MART. Sentir aun sufriendo, es grato!  
(Bien; encuentra divertido  
engañar á su marido...  
voy á pasar un buen rato.)
- ADELA. Penas que el pecho maltratan  
son otros tantos venenos!...
- CARL. Sí, pero se vive al menos!...
- ADELA. Pero es que hay penas que matan!
- MART. (Bravo!)
- CARL. La vida es sentir;  
si el fuego de las pasiones  
nos da inmensas emociones,  
qué puede importar morir!
- MART. (Pues señor, esta mujer  
es un monstruo de cinismo.)
- ADELA. No conoces tú el abismo  
donde podemos caer!
- CARL. Tanto te oigo á tí decir  
lo que una pasión desvela  
y tanto mi pecho anhela  
conocer lo que es sentir,  
que aunque yo cambiar no espero  
mi existencia de fastidio,  
hasta el sufrimiento envidio  
de ese drama verdadero!
- ADELA. No envidia, terror excita  
la desgraciada mujer  
que faltando á su deber  
en el mal se precipita!
- CARL. (Lo toma con gran empeño!)
- MART. (Ni en el Teatro Español!)
- ADELA. Para ella día sin sol...  
para ella noches sin sueño!
- MART. (Bien!)
- ADELA. La que llega á probar  
ese dolor que da espanto,  
vierte raudales de llanto!
- CARL. Es tan hermoso llorar!
- MART. (Á un cartujo perdería.)
- CARL. La muerte está en el reposo!  
¡Cuando pienso que mi esposo  
no me ha hecho llorar ni un día!

- ADELA. Aun muerto el dolor retoña....  
CARL. Sufrir... qué mayor fortuna?  
MART. (Nada, esta mujer es una  
Margarita de Borgoña)  
ADELA. La esposa que engaña al mundo  
y que á su marido vende...  
CARL. No tanto... ya se comprende (Interrumpiéndola.)  
que eso es...  
ADELA. Criminal.  
MART. (Inmundo!)  
ADELA. ¡Ay de ella si cualquier dia  
desde un rincon escondido  
la sorprende su marido!  
MART. ¡Bravo, Ristori! (Saliendo de pronto.)  
CARL. Te oia! (Aterrada.)  
(Por qué te has culpado tanto  
(Ap. á ella con rapidez.)  
si no has llegado á ese extremo?)  
MART. (Que no la convezas temo...)  
(Ap. A Adela.)  
CARL. (Y se va!... ese hombre es un santo!)  
MART. (Has tenido inspiracion!...) (Ap. á Adela.)  
CARL. (Vamos... con ella se exalta!...)  
MART. Ya que la hace tanta falta (Á Carlota.)  
tome usted bien la leccion! (Se va por el foro )

## ESCENA VII.

CARLOTA, ADELA.

- ADELA. Ahora estamos solas! (Con rapidez.)  
CARL. Sí,  
pero no entiendo esa escena...  
ADELA. Estaba de verdad llena!  
CARL. Ah! lo decias por tí?  
Luego la historia es más grave  
de lo que me has confesado?  
ADELA. No tal... por tí he declamado!  
CARL. Por mí?  
ADELA. Pues—todo se sabe! (Con ironia.)  
CARL. Qué es todo?...

:

- ADELA. Disimular  
sabe bien tu corazón!
- CARL. Pues qué oculta?
- ADELA. Tu pasión.
- CARL. La mía!
- ADELA. Y la de Aguilar!
- CARL. Ni le conozco siquiera!... (Sorprendida.)  
Veo que lo finges bien.  
Sé que viene de Bailén  
tras de tí!...
- CARL. Y aunque eso fuera...  
yo...
- ADELA. Lo confiesas?
- CARL. No sé...  
yo ignoro...
- ADELA. Él lo ha dicho.
- CARL. Bah!  
es una calumnia.
- ADELA. Ya!  
No le conoces?
- CARL. No á fe.
- ADELA. Está todo descubierto!
- CARL. Pues Aguilar se equivoca.
- ADELA. Sí, disimular te toca.
- CARL. No te amaba á tí?
- ADELA. No es cierto!  
Y yo me alegro en el alma,  
porque aún vuelvo á ser dichosa.
- CARL. Pues si te hace venturosa  
lo tomas con poca calma!
- ADELA. Si me indigno de su engaño,  
es porque tú la primera  
esa comedia grosera  
has inventado en mi daño.  
Allí le puedes ver poco,  
y los dos en un momento  
de sublime sentimiento,  
tú mal amiga, y él loco,  
hurdisteis el pobre plan  
de que él me hiciera el amor  
para engañarnos mejor  
y conseguir vuestro afán.

- CARL. Yo no te comprendo.
- ADELA. En vano  
disimulas á tu modo,  
él lo ha confesado todo.
- CARL. ¿Y su herida de la mano,  
de su amor triste castigo,  
no fué por tí?...
- ADELA. Lo sabías!...
- CARL. Y no ha estado quince dias  
enfermo?...
- ADELA. En Bailén... contigo.  
(Bajando la voz.)  
¿Era esa la reclusion  
obstinada en que vivias?  
¡Á lo menos quince dias  
has tenido distraccion!
- CARL. Qué dices?
- ADELA. Que ese mortal  
finge demasiado bien,  
y no se pasa en Bailén  
la vida del todo mal!
- CARL. Basta... es una vil accion  
calumniar de esa manera  
á una mujer...
- ADELA. (Interrumpiéndola.) Que quisiera  
conocer una pasion...  
Ya la conoces.—Verás  
distinta nuestra existencia:  
yo feliz con mi inocencia;  
tú descubierta quizás.  
Mas dile á tu adorador,  
ya que su deber ignora,  
que el que ofende á una señora  
en provecho de su amor,  
ni es noble, ni es hombre honrado!
- CARL. Adela... ve que te juro...
- ADELA. Que está en mi pecho seguro  
vuestro secreto guardado;  
pero que no pise más  
los umbrales de esta casa;  
pues si á hacerlo se propasa,  
porque tú en mi casa estás,

yo, inventando algun ardid  
para salvar tu reposo,  
sabré decir á tu esposo  
que no te prueba Madrid.  
(Se va por la derecha.)

## ESCENA VIII.

CARLOTA.

Pero ¿qué es esto, Dios mio!  
¿qué dice? ¿quién es ese hombre,  
á quien yo no he visto nunca,  
y que á tal riesgo me expone?  
¿Por qué si tanto me quiere,  
y me sigue y me conoce,  
á mí no me dice nada  
y cuenta á ctros sus amores?  
Yo no recuerdo; será  
aquel rubio, que dos noches  
fué con el cura?... ó aquel  
capitan de cazadores  
que tuvimos alojado...  
y estuvo soñando á voces!...  
Yo me pierdo en conjeturas!  
No sé qué partido tome!  
Oh! y estoy comprometida!  
si á mi marido le ponen  
en el secreto... aunque jure  
que yo no conozco á ese hombre,  
no me creerá... tambien juran  
las culpables. ¡Qué emociones!  
Yo queria conocer  
esos terribles dolores  
de la vida, el sobresalto  
que nace de las pasiones;  
pero sentir así á ciegas  
y comprometer su nombre  
sin saber por quién... (¡Dios mio!  
mi marido! que no note  
mi turbacion... vamos, calma!

(Coge un periódico y se pone á leer.)

¡Esto es vivir!...

GARCIA. (Viéndola.) Ah!... no me oye!

## ESCENA IX.

GARCIA, CARLOTA.

GARCIA. (La mira; deja el sombrero en una silla, y se acerca á ella por detrás de su silla.)  
Estará cual de costumbre  
entregada á los horrores  
del folletin!...

CARL. (Si sabrá?...)

GARCIA. (Cómo estará sola?...)

CARL. (Entonces,  
tal vez querrá asesinarme.)

GARCIA. (Leyendo en voz alta, por detrás de Carlota, el periódico que ella tiene en la mano.)  
«Yo os adoro, dijo Jorge...»

CARL. Ah, eres tú! me has dado un susto...

GARCIA. De veras? bah! (Sonriendo.)

CARL. (Se conoce  
que nada sabe; me mira  
y se sonrie...)

GARCIA. No estorbe  
mi presencia á tu lectura...  
leamos juntos y acordés.  
La novela se titula...

CARL. Yo no sé...

GARCIA. (Leyendo.) «Los seis amores.»  
Muchos son para ser buenos!  
Sigue...

CARL. Para que te mofes  
como siempre?

GARCIA. Yo; no tal,  
respeto y admiraciones (Con burla,  
tributo siempre á esos héroes...  
«Yo os adoro, dijo Jorge, (Leyendo.)  
»en el ciego parasismo  
»de la pasión.»—Ese nombre

debía tener ¡Rugiero!  
Jorge! Oscar!...

CARL. Algo mejores  
son que el tuyo.

GARCIA. Sí, Benito!  
Mi padrino fué un bodeque!  
Continuemos... y cayó  
«desplomado; «vaya un golpe  
»á los piés de Clementina!...»  
Ese es un bonito nombre;  
si acierta á llamarse Paca...  
ni hay parasismo... ni hay Jorge!

CARL. Vaya un modo de leer!

GARCIA. «Yo siempre hago reflexiones.  
»Me direis que es la primera (Leyendo.)  
»vez que os he visto esta noche.  
»Oh, no tal; hace ya un año  
»que mi corazon se rompe  
»adorándoos en silencio.  
»Cuántas veces en el bosque,  
»oculto á nuestras miradas,  
»os he visto coger flores  
»ó miraros en las aguas  
»que por entre peñas corren!»

CARL. (Qué extraña coincidencia!)

GARCIA. Es indiscreto ese jóven;  
supon tú que á Clementina  
al verse sola en el monte  
le hubiera dado el capricho  
de subirse á un alcornoque.

CARL. Continúa.

GARCIA. (La interesa!...  
es mucha cabeza!...) Oye:  
— «Cuántas veces he pasado, (Sigue leyendo.)  
»sin que ninguno lo noté,  
»noches enteras en vela  
»al pie de sus miradores.  
»Cuántas veces os he visto  
»leer deshojando flores...  
»á Espronceda y á Zorrilla.»  
Buena vista tenía ese hombre  
para conocer el libro

- debajo de los balcones.
- CARL. Prueba eso que á Clementina le gustaban mis autores.
- GARCIA. Una novela no prueba nunca nada; «cuántas noches vos he visto al retiraros »á vuestra alcoba» demontre!... «se continuará.»—Á Dios gracias... cuando digo que don Jorge no se para en barras; lástima que se quede ahí en el bosque tiritando; verdad es que teniendo *seis amores* no se puede tener frio.
- CARL. Está visto, eres el hombre más prosáico de la tierra!
- GARCIA. Oh! yo tengo mis razones: el que se llama Benito debe aspirar á los goces de ser un hombre de bien y un buen marido.
- CARL. Responder á tu nombre tus ideas.  
(¿Será Aguilar como Jorge, y me habrá amado en silencio tanto tiempo?)
- GARCIA. No lo tomes tan á pecho... al fin y al cabo pasarán tus ilusiones, y verás que es lo mejor aquello que se conoce.  
Adios, cabeza volcánica.
- CARL. Adela me espera... váyme...
- GARCIA. Tu madre Eva fué una necia!
- CARL. Puede que razon te sobre.  
(Váse por la izquierda.)

ESCENA X.

CARCÍA, á poco AGUILAR.

- GARCIA. ¡Lástima que mi mujer  
esté peor cada día!  
Parece que su manía  
se la inspira Lucifer!  
Si yo encontrara algún medio  
de que ella, prácticamente,  
huyera de esa pendiente  
que nos pierde sin remedio,  
y quedando convenida  
por una treta ingeniosa,  
la hiciera adorar la prosa  
verdadera de la vida,  
salvaba esta situación  
que la hace del mal esclava,  
y su dicha aseguraba...  
¡Cómo darla esa lección! (Se queda pensativo.)
- AGUILAR. (Salió Diego, y es preciso (Por la derecha.)  
que yo explique sin demora  
á Adela, que á otra señora  
he puesto en un compromiso!  
Ni aun la idea de mi muerte  
ha conmovido su pecho.  
No hay que cansarse; esto es hecho:  
dí con una mujer fuerte!
- GARCIA. Quién? (Volviéndose de pronto.)
- AGUILAR. Un hombre!... (Retirándose.)
- GARCIA. (Saludando.) Servidor...  
Calla!... Luisillo!...  
(Reconociéndole y acercándose.)
- AGUILAR. García!
- GARCIA. Tú en la córte!
- AGUILAR. Quién diría?...
- AGUILAR. Un abrazo!
- GARCIA. Es de rigor!...  
(Se abrazan con efusion.)
- AGUILAR. Cuatro años sin vernos!...
- GARCIA. Sí.

AGUILAR. Quién encontrarte creyera?

GARCIA. Al acabar la carrera  
yo á Córdoba me volví.

AGUILAR. Y yo que, solo en la tierra,  
me ví de tí separado,  
dos años he viajado  
por Francia y por Inglaterra.

GARCIA. Y qué es de tu vida?

AGUILAR. Sigo  
acaudalado y soltero,  
siempre voluble y ligero,  
pero siempre buen amigo!

GARCIA. Qué tiempos; dichosa edad  
aquella en que juntos íbamos  
casi siempre y revolvíamos  
toda la universidad!

AGUILAR. Y tú qué haces?

GARCIA. Heredé  
de mi tío tres millones...

AGUILAR. Hola!

GARCIA. Compré posesiones,  
me ví solo, y me casé!

AGUILAR. Te casaste... era tu sueño!

GARCIA. No pensaba por ahora  
ver Madrid, más mi señora  
formó un decidido empeño,  
y á su capricho accedí.

AGUILAR. Y estás contento?

GARCIA. Pues no!  
Tanto como la amo yo  
me hace dichosa ella á mí!  
Tiene de un ángel destellos...  
son sus dotes infinitos...

AGUILAR. Pero tiene caprichitos!

GARCIA. Qué mujer está sin ellos?  
Muchos podía tener  
y la conozco solo uno!

AGUILAR. Mejor sería ninguno...

GARCIA. Sí, todo no puede ser!  
Y ya ves, cuando se sabe  
se combate á un enemigo;  
si tuviera muchos... ¡digo!

AGUILAR. Es que uno solo es más grave!

GARCIA. Tú no eres casado?

AGUILAR. No.

Tuve siempre algun recelo  
de no encontrar ese cielo  
tan sereno como yo!

GARCIA. Entónces te puedo hablar  
de esa cuestion espinosa,  
sin temor de que á tu esposa  
se lo llegues á cantar.  
Y ella mañana temprano  
se lo contará á la mia.

AGUILAR. Ah! pasa eso?

GARCIA. Cada dia!

AGUILAR. Tu temor conmigo es vano! (Sonriendo.)

GARCIA. Pues como te iba diciendo,  
mi mujer es un tesoro;  
ella me ama y yo la adoro...  
es un ángel...

AGUILAR. Ya lo entiendo!

GARCIA. Pero tiene una cabeza  
en extremo impresionable;  
y ella ántes más razonable,  
á perder su calma empieza  
y á desear emociones  
que agiten su corazon,  
envidiando á los que son  
victimas de las pasiones;  
y se aflige y se desvela,  
y mujer vulgar se llama  
al ver en escena un drama  
ó al leer una novela.

AGUILAR. Pues ese tipo, hoy ya es raro.

GARCIA. No es romántica—ella cose  
y hace dulces y no tose:  
pero afirma sin reposo  
que vivir bien no es vivir,  
y en su idea endemoniada  
quisiera ser desgraciada  
para gozar y sentir.

AGUILAR. Es su dicha verdadera  
y á la desventura asalta!...

GARCIA. Sí, solo el *dolor* la falta  
y eso es lo que ella quisiera.

AGUILAR. Mujer al fin!

GARCIA. Tú en mi caso  
que harías? vamos á ver!

AGUILAR. Yo dejaria correr  
el tiempo, y salir del paso.

GARCIA. Y estarias tan conforme!...

AGUILAR. El tiempo da desengaños.

GARCIA. Cuando cumpla cincuenta años  
ya espero que se reforme;  
pero de aquí á allá...

AGUILAR. Recibes  
ese mal.—Cuando la vea  
puede que te de una idea...  
Yo iré á verte... dónde vives?

GARCIA. Aquí!...

AGUILAR. Qué... (Sorprendido.)

GARCIA. De Adela es

mi mujer antigua amiga.

AGUILAR. Permíteme que te diga...  
llegasteis anoche!

GARCIA. Pue:!

AGUILAR. De Bailén?—(Pierdo la calma.)

GARCIA. Allí en mis tierras vivimos  
siempre, y de Bailén venimos...

AGUILAR. ¡Ay, amigo de mi alma!  
(Abrazándole con pesar.)

GARCIA. Qué es eso?

AGUILAR. Estoy aturdido!  
era tu mujer!

GARCIA. Pero hombre!...  
qué hay en eso que te asombre?...

AGUILAR. Qué sin querer te he ofendido!

GARCIA. Tú á mi?... (Con extrañeza.)

AGUILAR. ¡Voto á Belcebú!

Por salvar á otra mujer,  
á la tuya sin querer  
he comprometido...

GARCIA. Tú!

AGUILAR. Sí—secreto por secreto.  
Me juras callar?

- GARCIA. Lo juro!
- AGUILAR. Al verme aquí en un apuro  
(Con gran misterio.)  
con un marido indiscreto  
que oculto me sorprendió...
- GARCIA. Un marido... aquí?...
- AGUILAR. Sí!
- GARCIA. Ah!
- AGUILAR. No puedo nombrarle!
- GARCIA. Ya!  
(Vamos, Martínez cayó!...  
Parecía tan dichosa  
con él, y él cifraba en ella  
su ventura ¡horrible estrella!)
- AGUILAR. Yo por salvar á esa esposa  
de una apariencia fatal  
y de una imprudencia mia,  
sin pensar lo que decia,  
y sabiendo la casual  
llegada de otra señora...  
dije... «perdon si te ofendo!  
»tras esa vengo corriendo.  
»Esa es la que mi alma adora.»
- GARCIA. Pues me gusta!...
- AGUILAR. No hice bien.  
pero al verle preocupado  
hasta le he dicho que he estado  
quince dias en Bailén.
- GARCIA. Tú!
- AGUILAR. Él me dijo—«Su marido  
»velará por su tesoro;»  
y yo le dije—«la adoro,  
»á todo estoy decidido.»  
En fin, conseguí mi objeto,  
que era salvar la opinion  
de Adela...
- GARCIA. Calla! (Tapándole la boca.)
- AGUILAR. Chiton! (Id.)  
ya conoces mi secreto...
- GARCIA. Grave el lance puede ser, (Con seriedad.)  
mas yo no he de tolerar  
que se llegue á sospechar

- del honor de mi mujer.  
AGUILAR. La otra es inocente...  
GARCIA. Mas  
lo es la mía y no es razon...  
AGUILAR. Renunciaré á mi pasión;  
no volveré aquí jamás;  
pero hoy por hoy es preciso,  
pues á tí me he confiado,  
que á esa mujer que he nombrado  
la saques del compromiso.  
GARCIA. Ah! Tú con el otro has puesto  
á mi esposa en mal lugar,  
y yo he dejar pasar  
su mala opinion ¿no es esto?  
AGUILAR. Tú sabes bien que es honrada!  
GARCIA. Pero él se lo contará  
á su mujer, y esta irá  
diciéndolo á todos... Nada!  
Yo no acudo á esa locura:  
mi situacion es primero!  
Arréglate...  
AGUILAR. De tí espero  
un consejo en mi tortura.  
Inventa!... Si su marido  
sabe que estaba yo aquí  
por ella...  
GARCIA. (Despues de reflexionar.)  
Un consejo?...  
AGUILAR. Sí!  
GARCIA. Pero... estás arrepentido?  
AGUILAR. Lo estoy!  
GARCIA. Juras no volver  
á perseguir más mujeres?...  
AGUILAR. Me casaré si tú quieres!  
GARCIA. (Con resolucion.)  
Aún se puede componer.  
AGUILAR. De veras? (Con alegría.)  
GARCIA. Pero es forzoso  
que me obedezcas sumiso.  
GARCIA. Sálvame del compromiso;  
devuelve á Adela el reposo,  
y te juro obedecerte

en todo sin vacilar.

AGUILAR. Mi idea te va á salvar,  
y á afirmar tambien mi suerte.

AGUILAR. Cómo!

GARCIA. En silencio hace un año

(Se le lleva retirado y le habla con misterio y deci-  
sion.)

que amas á mi esposa.

AGUILAR.

Eso

es mentir con más exceso  
y hacer más antiguo el daño.

GARCIA. Sin que ella lo haya sabido  
la sigues á todas horas...

y la espías y la adoras...  
y aquí tras ella has venido.

AGUILAR. La sigo comprometiendo!

GARCIA. Con la sola diferencia,  
de que hoy lo haces con mi anuencia.

AGUILAR. Te juro que no te entiendo...

GARCIA. Hoy la hablas; pintas tu amor;  
me echas veinte maldiciones...

AGUILAR. Mas...

GARCIA. Ella busca emociones!  
Cuanto más fuertes mejor!

AGUILAR. Pero qué intentas?

GARCIA.

Lograr

que ella se asuste de tí;  
que busque defensa en mí  
y lo eche todo á rodar.  
Hacer que tiemble de miedo;  
que eche de ménos su calma,  
y busque la paz del alma  
que sólo yo darla puedo.  
Y cuando de terror llena  
por mi ademan furibundo,  
delante de todo el mundo  
haya una terrible escena,  
yo doy mil gracias á Dios  
y tranquilizo su pecho,  
y declaro que hemos hecho  
esa comedia los dos.  
Que tú, haciéndome un favor,

Trazado el papel trajiste,  
 que por eso te escondiste  
 para engañarlos mejor.  
 Y salvamos de ese modo  
 las sospechas del marido,  
 mi nombre comprometido,  
 mi temor fundado y todo.  
 Tan solo de esa manera  
 puedo enmendar tu locura,  
 y ella misma me asegura  
 la fe de mi compañera.

AGUILAR. Sí—la idea es conveniente;  
 pero creo esta invencion  
 una segunda edicion  
 del *Curioso impertinente*.

GARCIA. Cervantes quiso probar  
 que es de vidrio la mujer,  
 y que haciéndola caer  
 se puede muy bien quebrar.  
 Y nosotros no queremos  
 más sino que ella confiese  
 que ese sobresalto, y ese  
 malestar que la ofrecemos,  
 es muchísimo peor  
 y la hace más desgraciada  
 que la dicha sosegada  
 de mi doméstico amor.  
 Además.—Á dos mujeres  
 tu amor ha comprometido;  
 yo á hablar estoy decidido  
 si seguir mi plan no quieres;  
 acepta la situacion  
 que ha trazado tu imprudencia,  
 ó sufre la consecuencia  
 de tu impremeditacion.

AGUILAR. Dices bien—pero si ignoro  
 hasta el nombre de la dama  
 que amo.

GARCIA. Carlota se llama...  
 y es de bondad un tesoro.  
 Ya iremos despues trazando  
 lo que tú la has de decir,



y no te importe fingir,  
yo te he de estar escuchando.

AGUILAR. Ah!

GARCIA. Justo!

AGUILAR. Pero querría  
algun detalle local!

GARCIA. Creo que vienen! sí tal;  
(Mirando á la izquierda.)  
eso tal vez convendría..  
Yo ayudaré á tu elocuencia  
dándote cuenta de todo!...

AGUILAR. Insistes?...

GARCIA. No hay otro modo  
de arreglarlo...

AGUILAR. Bien!

(Se retira con García un poco sin coger el periódico.)

GARCIA. Prudencia!

## ESCENA XI.

DICHOS, CARLOTA y ADELA por la izquierda, á poco  
MARTINEZ por el foro.

ADELA. La una y media, y nos avisan  
que está el almuerzo dispuesto.

GARCIA. Lo oyes, Aguilar? (Marca do el apellido.)

CARL. (Qué es esto!)

(Vo. viéndose al oír ese nombre.)

ADELA. (Ni aun á mi vista renuncia...)

(Viendo á Aguilar.)

CARL. (Es ese?) (Ap. con rapidez á Adela.)

ADELA. (Reprimiendo su enojo.) (Finges de suerte...)

GARCIA. Te presento, esposa mia,

(Acercándose con Aguilar á Carlota.)

á un amigo que tenia  
gran afan por conocerte.

(Martinez sale y se queda parado viendo á Aguilar  
con García.)

AGUILAR. Señora!... (Saludando.)

GARCIA. Es un compañero  
de carrera...

- MART.                                    Hola! (Tú aquí  
otra vez?... ) (Con rapidez á Aguilar.)
- GARCIA.                                   Con él viví:  
dos años cuando soltero,  
y espero que usted consienta (Á Martinez.)  
que nos visite á menudo.  
ADELA.                                   (Estoy absorta!)
- MART.                                   (Estoy mudo!)
- ADELA.                                   (Cómo la mira.)
- CARL.                                   (Qué intenta?  
Al borde estoy del abismo.)
- GARCIA.                                   Quédate; ahora á almorzar vamos...  
(Alto á Aguilar para que lo oigan.)
- MART.                                   (Y qué quieres tú que hagamos,  
(Ap. á Adela.)  
hija, si lo pide él mismo?  
Yo... basta que usted le alabe. . . (Á García )  
tambien yo lo he conocido...  
(¡Que sea siempre el marido  
el último que lo sabe!)
- ADELA.                                   (Qué descaro!)
- CARL.                                   (Qué osadía.)
- MART.                                   Pues ya quedas convidado.  
(Á Aguilar que se dirige, á hablar con Adela y  
Carlota.)
- GARCIA.                                   (Martinez desventurado!)
- MART.                                   (Desventurado García.)  
(Mirándose uno á otro con risa que apenas pueden  
contener.)
- ADELA.                                   (Descubrirlos es preciso!)  
(Aguilar se acerca á ellas.)
- MART.                                   Es buen chico... (Dando el brazo á García.)
- GARCIA.                                   Ya lo sé!
- MART.                                   Tiene. así, facha...
- GARCIA.                                   De qué?...  
MART.                                   De... de árbol del paraíso! (Con intencion )
- GARCIA.                                   Justo! (Riendo.)
- AGUILAR.                                (Y se rie con ganas.)  
(Aguilar, Adela y Carlota se dirigen á la derecha  
hablando.)
- MART.                                   Y cuál es su juicio extraño?—  
(Dándole el brazo y riéndose.)

GARCIA. ¡Creo que va á ser este año...  
un gran año de manzanos.

(Los dos se ríen á carcajadas. Cae el telon con  
rapidez.)

FIN DEL ACTO **SEGUNDO**.

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion de los actos anteriores.

### ESCENA PRIMERA.

ADELA, CARLOTA, entrando por la izquierda.

- ADELA. Pero es que te sientes mal,  
ó es que hablarme necesitas?...
- CARL. Las dos cosas.
- ADELA. Qué te pasa?  
Has estado pensativa  
todo el almuerzo!
- CARL. Tú crees?...
- ADELA. Volvió la jaqueca pícara  
de esta mañana á asediarte?
- CARL. Lo dices con ironía!
- ADELA. Libreme Dios!... Ya se sabe  
que á esas desgracias continuas  
están sin cesar sujetas  
las naturalezas vivas  
é impresionables... ¿No quieres  
alguna taza de tila?
- CARL. Mi caracter no se aviene  
á tu condicion satírica.  
Me gustan las cosas claras!
- ADELA. Ah!

CARL. Sí; ya no eres la misma  
que eras.—Desde hace dos horas  
me persiguen tus sonrisas,  
tus indirectas me cansan,  
y tus burlas me fatigan.

ADELA. No se puede ser más clara.  
Ahí tienes, y yo creía  
que despues de lo ocurrido  
debías estar más tímida.

CARL. Adela, es indispensable  
que se termine en seguida  
esta situación extraña.

ADELA. Ay Carlota, ahora principias!  
Ya irás viendo...

CARL. Las miradas  
de mi marido me agitan  
sin saber por qué... Tus frases  
mordaces me martirizan...  
las sonrisas que tu esposo  
me lanza cuando me mira,  
y la impasibilidad  
de Aguilar, que ni una sílaba  
ha dicho en todo el almuerzo,  
cosas son que no se explican  
y que me hacen, sin embargo,  
mucho daño!

ADELA. Pero, hija,  
si tú pides emociones  
¿qué extraño es que las consigas?  
y si siembras tempestades,  
por qué el rayo te intimida?  
CARL. Pero yo qué he hecho?

ADELA. Nada!

CARL. Dilo!

ADELA. No tiene malicia!

CARL. Explicate y acabemos.

ADELA. Esa comedia es indigna...  
Ten al ménos la franqueza  
á que tu alma te obliga.  
Si despues de descubierta  
por mi marido la intriga  
de Aguilar, y haberle visto

dentro de mi casa misma,  
segun él ha confesado  
para acudir á tu cita;  
si despues de haberme hecho  
juguete de su osadía,  
perturbando mi reposo  
para hacer perder la pista  
á todos de vuestro afecto,  
ha ido á buscar á su víctima,  
y se ha hecho traer á casa  
por el mismo á quien vendia,  
¿qué quieres que hagamos todos  
los que sabemos su inícu  
conducta y tu... inadvertencia  
por lo ménos, dí?

CARL.

No sigas  
ó habrás de volverme loca.  
Mucho odiaba yo mi vida  
por fastidiosa y pesada;  
mucho en Bailen me aburría;  
pero lo que es este cúmulo  
de impresiones, me fatiga.  
Yo de una vez para todas  
te juro que no sabia  
quién era Aguilar; te juro  
por nuestra amistad antigua,  
que hoy es la primera vez  
que le he visto, y si te obstinas  
en no creer lo que juro,  
llamo á todos en seguida  
y hago descripcion exacta  
de tu historia y de la mia,  
y veremos en qué paran  
estas sospechas ridiculas.  
(Será verdad?) (Reflexionando.)

ADELA.

CARL.

ADELA.

Dilo y llamo.  
No; deja. (Será mentira!  
¿Cómo es posible que ese hombre,  
para enmendar su osadía,  
calumníe así y comprometa  
á quien no ha visto en su vida?  
Fuera imperdonable falta!)

CARL. Te has quedado pensativa?  
Vamos á cuentas. Acaso (Con ironía.)  
tus mordaces invectivas,  
más que de moral austera  
eran del despecho hijas?

ADELA. Qué?

CARL. Temias que Aguilar  
llevara sus simpatías  
á otro lado?

ADELA. No, por cierto,  
y me ofende tu malicia.  
Aquí á solas te he contado  
el riesgo á que me exponía  
su amor no correspondido;  
aquí esta mañana misma,  
diciendo que iba á matarse,  
le he negado una entrevista;  
y yo te juro á mi vez  
por la memoria santísima (Con gravedad.)  
de mi madre, que levanto  
mi frente serena y limpia.  
¿Á qué mujer no impresiona  
por muy honrada y muy digna  
que sea, el amor de un hombre  
que un día tras otro día,  
en la calle, en el paseo,  
la asedia, la mortifica,  
la persigue!... Eso ha pasado!  
Si es cierto, lástima inspira  
un amor que no ha de ser  
correspondido: á tí misma  
en mi caso, cuando ménos,  
lástima te inspiraría.

CARL. Ya lo creo!

ADELA. Es natural  
que al ver que lo que creía  
en él desgracia, era sólo  
una farsa ruin é indigna,  
sintiera en mi corazón,  
no despecho, sino ira  
por haber sido juguete  
de un traidor y de una amiga.

Ahora con tu juramento  
la situacion se complica,  
y de un modo ó de otro, estoy  
á afrontarla decidida.  
Si por no comprometerme  
ha inventado esa mentira,  
á mí me toca salvar  
tu reputacion; la mia  
con la verdad queda á salvo.  
Pues si mi esposo se obstina,  
ó Aguilar, ó el mundo entero,  
en creer que yo sentia  
por él algo más que lástima,  
y soy honrada y soy digna,  
no castigo, sino premio  
por mi accion mereceria:  
pues donde tantas sucumben  
y su honra sacrifican,  
la mujer *que lucha y vence*  
*no debe estar de rodillas.*<sup>1</sup>

CARL. Tienes razon!... yo te vuelvo  
á jurar...

ADELA. Ya es cuenta mia...  
y calla que aquí los tres  
vienen.

CARL. La ocasion propicia  
parece!

ADELA. Verás qué pronto  
aclaramos el enigma.

## ESCENA II.

DICHAS, MARTINEZ, GARCÍA, AGUILAR, por la izquierda.

MART. (Á las señoras.)  
Siguiendo la moda inglesa,  
que no nos hace justicia,  
ustedes nos han dejado  
sin su grata compañía

---

1 Jugar por tabla.

á los postres.

ADELA. Los cigarros  
tienen la culpa; se asfixia  
cualquiera...

MART. Nunca me has dicho...

ADELA. Y sabiéndolo, qué harías?

MART. Incomodándote á tí?  
No fumar más en mi vida!  
Nada que á tí te incomode  
excita mi simpatía...

CARL. (Á García, que parece seguir una conversacion ani-  
mada con Aguilar.)  
Aprende á ser un marido  
galante.

GARCIA. Perdona, hija,  
pero estaba preocupado  
con una extraña noticia  
que me da Aguilar .. ¿Crearás  
que ha pasado quince días  
en Bailen, sin que nosotros  
le hayamos visto?

CARL. (Sorprendida.) Ah!

GARCIA. Y afirma  
que en el trascurso de un año  
ha repetido la misma  
caminata otras tres veces.

ADELA. (Pues esa insistencia, hija  
no puede ser por salvarme.) (Ap. á Carlota.)

GARCIA. Pero dónde te escondías? (Á Aguilar.)

AGUILAR. No es raro no haberme visto.  
No me has dicho tú que habitan  
ustedes fuera del pueblo,  
en una especie de quinta  
de recreo ó de cortijo?

GARCIA. Sí.

AGUILAR. Como yo sólo iba  
á arreglar unos negocios...

GARCIA. Negocios allí?

AGUILAR. Una mina  
queríamos explotar...

MART. La conozco... (Con rapidez y malicia)

GARCIA. Usted?

- MART. De oídas!
- AGUILAR. Pasaba en la poblacion  
la mayor parte del dia,  
y salia por la noche  
á recorrer la campiña.
- GARCIA. Dice que conoce mucho  
nuestra posesion.
- AGUILAR. Solia  
pasar al pie de los muros  
muchas horas...
- CARL. Qué?
- AGUILAR. Las vistas  
son preciosas!
- GARCIA. En efecto.  
Lástima que tus visitas  
siempre hayan coincidido  
con mis largas cacerías...
- MART. Ah! no estaba usted allí cuando? ..
- AGUILAR. He tenido esa desdicha!...
- ADELA. (Cada vez lo entiendo menos.) (Ap. á Carlota.)
- CARL. (Yo no le he visto en mi vida.)  
(Insistiendo á Adela.)
- MART. (Pues señor, este hombre es tonto!  
Qué ha decidido tu amiga, (Á Adela.)  
al mirarse descubierta  
por mí y por tí?...) )
- ADELA. (Ella se obstina  
en negar...) (Á Martinez.)
- MART. (Ya oyes á él mismo!...)
- GARCIA. La conocias de vista? (Á Aguilar.)
- AGUILAR. Como el cortijo no tiene  
cerca, y usted algunos dias  
paseaba entre los árboles,  
yo he creido distinguirla...  
así, al caer de la tarde...
- CARL. (No hay más... la historia es veridica;  
me amaba de lejos.)
- ADELA. (Canto  
de plano)? (Ap. á Carlota.)
- CARL. (No—se complica  
el asunto: ahora tal vez  
comprometerme seria

delante de mi marido.—  
le hablaremos...)

GARCIA. Extrañísima  
es tu relacion!...

CARL. (Sospecha  
sin duda...)

MART. (No, no hija mia  
no transijo.—Ya verás (Á Adela.)  
con todas sus poesías  
cómo la digo clarito  
que se largue.)

ADELA. (Es una amiga...)

MART. (Sí, buenos amigos tienes!)

ADELA. (Pero...)

MART. (Deja, es cuenta mia!...)

En Madrid sólo tenemos, (En voz alta.)  
á costa de mil fatigas  
y mucho dinero, una  
vegetacion enfermiza.

No hay árboles, pero en cambio  
las estufas son magnificas.

Aunque la nuestra no puede  
llamarse una maravilla,  
es digna de verse.—Adela,  
sé amable y lleva en seguida  
á nuestro pequeño oasis...

ADELA. Yo...

MART. Sí, á Aguilar y á García.  
(Suplico á usted que se quede.)  
(Con rapidez á Carlota.)

GARCIA. Con mucho gusto...

MART. Esta cuida  
las camelias y los caktus...  
Tengo una magnolia hibrida!...

ADELA. Vamos... vienes tú, Carlota?

CARL. Sí.—Bajamos en seguida.  
Me acompañará Martinez.

MART. Con mil amores... Ah! niña...  
no te vayas á hacer daño;  
cuidado con las espinas  
de los caktus...

AGUILAR. (Esta farsa

- me causa!) (Á García.)  
GARCIA. (Acaba en seguida.) (Á Aguilar.)  
MART. Véanlo ustedes despacio.  
CARL. (Esto parece una cita.  
¡Si me amará también éste  
en silencio! vaya un día!)  
AGUILAR. (¡Si la pudiera explicar  
en dos palabras la intriga!)  
(Váanse por el foro Adela, García y Aguilar.)

### ESCENA III.

MARTINEZ, CARLOTA.

- MART. (Cuanto más claro mejor.)  
Carlota... usted dispense  
que la haga escucharme, y piense  
que al pedirla yo el favor  
de concederme un momento  
de franqueza y de atención,  
la paz de su corazón  
es mi solo pensamiento.  
CARL. Escucho á usted, mas no alcanzo...  
MART. Yo comprendo que hay maridos,  
así tan... inadvertidos...  
tan ciegos... (creo que avanzo)  
que no dan á su mujer  
esa atención esquisita  
que su alma necesita,  
para aceptar con placer  
la carga del matrimonio,  
y el solo amor exclusivo  
de su esposo...  
CARL. No concibo!...  
MART. Anda tan listo el demonio,  
que en hallando á una mujer  
de imaginación ardiente,  
y algo... vamos... (lengua, tente!)  
dice alegre: «aquí hay que hacer!»  
y lo gobierna de modo,  
que la roba ántes la calma,  
luego la paz, luego el alma,

Y por fin, carga con todo!  
CARL. Y eso qué quiere decir?...  
MART. Que á un marido de mi raza  
el diablo no le da caza.  
Que es forzoso prevenir  
las contingencias fatales  
de esa enfermedad del día,  
vulgar, que yo llamaria  
tercianas matrimoniales;  
y que si usted no procura  
tomar el preservativo,  
al más pequeño motivo  
la va á dar la calentura.

CARL. Cómo!

MART. No entiende?

CARL. Según!

Pero creo que me ofende.  
MART. Ya! conque usted no me entiende?  
Pues será más claro aún.  
Bien sea por culpa agena,  
ó por criminal descuido  
de su cazador marido,  
creo que usted no está buena.  
Que ha empezado por hastío  
su terciana perniciosa;  
que ha sufrido valerosa  
todo el período del frío;  
y no pudiendo cortarse  
está usted expuesta á todo  
en el segundo período,  
que es el período de asarse.  
Yo se algo de medicina;  
y en tercianas de pasión  
siempre la separación  
ha sido una gran quinina.  
En su curación completa  
fio si llega á tomarla:  
por eso he querido hablarla;  
para darla la receta.  
CARL. Agradezco sus bondades,  
y eso que á mí no me tocan.  
Médicos hay que equivocan

algunas enfermedades;  
y confunden por su mal,  
de misas surtiendo al templo,  
con el tifus, por ejemplo,  
un ataque cerebral.

Mas lo que no hay medio humano  
de perdonar á un doctor,  
es que confunda en su error  
á un enfermo con un sano.  
Puede ser que en esta casa,  
y no es lance extraordinario,  
exista algun tercianario;  
eso en todas partes pasa.  
Si usted curarle intentó,  
es acertada medida;  
pero ¡doctor de mi vida, (Con ironía cómica.)  
ese enfermo no soy yo!

MART.

Usted!... (Insistiendo.)

CARL.

Sentiré vahidos,  
cierta nerviosa inquietud...  
eso en perfecta salud  
tienen todos los nacidos.  
Pero yo como, yo duermo...  
Bueno es que usted en su bondad  
ataque la enfermedad,  
pero busque usted al enfermo!  
MART. ¡Por alguien esta mañana  
en mi casa se escondió  
Aguilar!

MART.

CARL.

Bien .. pero yo  
no padezco esa terciana!

MART.

Cómo!

CARL.

Sea ó no sincero  
lo que él á usted le diría,  
hoy ha sido el primer dia  
que he visto á ese caballero.  
Puede que me quiera mucho,  
pero si es su amor ardiente  
lo oculta perfectamente.  
No le ví jamás.

MART.

Qué escucho! (Sorprendido.)

CARL.

No digo que él no me adore,

que no me haya perseguido  
con un amor decidido,  
de modo que yo lo ignore.  
Si es cierto lo que asegura  
y por mí dió tan mal paso,  
él estará en ese caso  
sufriendo la calentura.  
Pero si es falso quizá  
que aguardaba mi presencia,  
busque usted con insistencia...  
y el enfermo encontrará.

MART. Se atreve usted?...

CARL. (Interrumpiéndole.) Yo me atrevo  
á no tolerar su ofensa:  
si donde se piensa  
salta la liebre, yo debo  
advertir al cazador  
que apunta sobresaltado...  
que ó la liebre no ha saltado  
ó que la busque mejor!

MART. (Esta mujer desatina!)  
Me ha puesto malo esa liebre...

CARL. Ah! pues si tiene usted fiebre  
tómese usted la quinina.

MART. Hágame usted la merced  
de explicarme...

CARL. (Riéndose.) ¿Qué apostamos  
á que un enfermo buscamos  
y que el enfermo es usted?

MART. Carlota, yo!...

CARL. (Retirándose.) Amigo mio,  
usted ha logrado asustarme.

MART. Mas... (Queriendo detenerla.)

CARL. Nada, voy á arroparme,  
no sea que me dé el frio.  
(Váse por la izquierda riendo.)

## ESCENA IV.

MARTINEZ.

¡Santa Virgen de la O!  
María del Tremedal!  
Es que yo he entendido mal,  
ó es que el enfermo soy yo?  
Ay!... de mi estupor no salgo!  
Cuando Adela la acusaba, (Reflexionando.)  
ella serena escuchaba...  
¡Ay Dios mio!... Yo tengo algo!...  
¡Yo que la prodigo amor,  
que no la dejo jamás,  
que no puedo amarla más!  
fuera el colmo del horror!  
Oh! imposible... no lo creo...  
esta mujer me envenena!  
tiene algo de Ana Bolena!  
Corro... y ella? no la veo!  
(Viendo en la puerta del jardín á Aguilar y García,  
que entran solos.)

## ESCENA V.

DICHOS, AGUILAR, GARCÍA por el foro.

MART. Dónde mi mujer está?  
(Él! ya le hubiera matado!)

GARCIA. Arreglando se ha quedado  
un naranjo...

MART. —Eh! (Lo dirá  
por mí?) voy... que hablarla tengo...

GARCIA. Es una preciosa estufa!  
(Deteniéndole por un lado.)

AGUILAR. Magnífica! (Idem por el otro.)

MART. (Ya me atufa.)

GARCIA. Tiene usted algo?

AGUILAR. Estás...

MART. Ya vengo!...

GARCIA. Mas...

MART. La liebre! (Como hablando consigo mismo.)  
AGUILAR. No colijo...  
te encuentro agitado.  
MART. Es vana  
tu aprension...  
GARCIA. Pues...  
MART. (Murmurando.) ¡La terciana!  
GARCIA. }  
AGUILAR. } Qué!  
MART. Que la tengo de fijo!...  
AGUILAR. Diantre! Pues llama á un doctor!...  
MART. Prefiero hablar á un amigo... (Con seriedad.)  
AGUILAR. Ya!... (Mirando á Garcia.)  
MART. Consultaré contigo  
si lo permite el señor!... (Por Garcia.)  
GARCIA. Por mí...  
AGUILAR. No entiendo de males  
y te voy asesinar...  
MART. Todos se pueden curar  
como no sean mortales!...  
AGUILAR. Habla!...  
MART. Á solas! Dame el brazo.  
AGUILAR. Vamos pues! (Lo sabe todo!) (Ap. á Garcia.)  
MART. Perdona si te incomodo...  
ADELA. No...  
MART. (Si á este pájaro cazo  
se ha de acordar de mi nombre!...)  
GARCIA. Aquí te espero despues!... (Alto á Aguilar.)  
(Niega y reniega!...) (Ap. al mismo.)  
AGUILAR. (Eso es!)  
GARCIA. (Le va á dar que hacer ese hombre!)  
(Váanse Martinez y Aguilar del brazo por la derecha.)

## ESCENA VI.

GARCIA solo.

Lo sabe!... ¡quién lo pensara!  
mal disimula en verdad:  
¡esa es una enfermedad  
que se conoce en la cara!  
¿Qué hacer en tal situacion?

Si el otro en el compromiso  
no lo declara, es preciso  
continuar nuestra ficción!  
Llevada á cabo y bien hecha  
volverá á todos la calma,  
y no dejará en su alma  
la más mínima sospecha.  
Pero... ¿y si insiste el marido  
y si á su mujer sorprende,  
y ella aturdida se vende?...  
(Aparece Adela por el foro.)  
Ella!... Dios me la ha traído.  
No hay que andarse con misterio,  
hablar claro es de rigor!...  
¿Hay crisis?... Pues lo mejor  
es que caiga el ministerio.

### ESCENA VII.

GARCIA, ADELA.

- ADELA. Solo?  
GARCIA. Tenemos que hablar!...  
ADELA. Usted y yo?  
GARCIA. Sí señora!...  
ADELA. Y Martinez?...  
GARCIA. Se ha ido ahora  
adentro con Aguilar... (Con intencion.)  
ADELA. Ya!... (Con indiferencia.)  
GARCIA. (Pues de color no muda!...)  
Le he visto preocupado...  
ADELA. Sí?...  
GARCIA. Y allí se han encerrado  
para aclarar cierta duda...  
ADELA. (Va á ver si estoy enterada...)  
GARCIA. (El asunto es grave y hondo...)  
ADELA. Oigo!... (Pausa.)  
GARCIA. ¿Conoce usted... á fondo,  
toda la Historia Sagrada?...  
ADELA. ¿Va usted á glosar otro texto  
como el de la creacion?... (Riéndose.)  
GARCIA. Yo iba á hablarla de Sanson!...

(Con gravedad cómica.)

ADELA. Y Dalila...

GARCIA. Por supuesto!

ADELA. Es' similar, inoportuno...

GARCIA. Puede que su juicio fuerza...

ADELA. No hay ya hombres de aquella fuerza  
ni de aquel pelo...

GARCIA. Ah!

ADELA. Ni uno!

GARCIA. Pero hay mujeres arteras  
capaces en un descuido  
de pelar á su marido  
si les dan tiempo y tijeras!

ADELA. Pero á la mujer honrada,  
y hay mil de su sexo gloria,  
¿de qué le sirve esa historia?

GARCIA. Puede servirle...

ADELA. (Interrumpiéndole con gravedad.) De nada  
Créame el señor García:

(Volviendo á ser irónica.)

esos ejemplos sin cuento  
del Antiguo Testamento  
con que nos obsequia hoy día...  
tendrán su razon de ser  
con otras personas... (Con intencion.)

GARCIA. Oh!

¿Quiénes son esas?

ADELA. Yo no

lo digo por su mujer!  
Será una santa quizás;  
pero usted en su pesimismo  
comprenderá que lo mismo  
pueden serlo las demas!

GARCIA. (Pues no es la niña serena!)

ADELA. (Tengo de hablar una gana!)

GARCIA. Por su perfeccion humana  
doy á usted la enhorabuena!...

Pero al mirarme en su red  
y al ver su mano ligera  
y su pulso, no quisiera  
ser yo su Sanson de usted!

ADELA. ¡Oh! si usted lo hubiera sido

y con su sospecha impía  
me ofendiera, no tendría  
el pelo que mi marido!...

GARCIA. ¿Ya usted á mi opinion cede?...  
¡Cabello desventurado!

ADELA. No se le hubiera cortado,  
pero arrancársele... puede!

GARCIA. Por fortuna no soy yo...

ADELA. Por fortuna para mí!

GARCIA. Gracias!

ADELA. Y por eso aquí  
para hablarme se esperó?

GARCIA. (Tal descaro es inaudito!

Yo amansaré su fiereza!)

Bien, Adela, su entereza

me satisface infinito!...

Ella prueba á no dudar

que es lo que se cuenta injusto...

(Con intencion.)

Agur!...

ADELA. (Deteniéndole.) ¿Me hace usted el gusto  
de hablar claro, sin tardar?..

GARCIA. ¿Recuerda usted mi pintura  
de la creacion?

ADELA. Sí tal:

pero si no entendí mal,

al menos se me figura,

hablaba usted de su esposa!

GARCIA. Pues la historia ha continuado,  
mas de heroína ha cambiado!

ADELA. Vamos! ya eso es otra cosa!...

¿Quién es ella?... Sin ambaje!...

GARCIA. No puedo...

ADELA. ¡Gran discrecion!

GARCIA. Justo!

ADELA. Y... ¿en qué situacion

está el nuevo personaje?

GARCIA. En aquel momento se halla

en que la serpiente astuta

lleva en la boca la fruta

y dice á Eva: «come y calla!»

ADELA. Pero ¿quién le ha hecho creer

que esa Eva puedo ser yo,  
cuando usted mismo pintó  
de ese modo á su mujer?

GARCIA. Alguien que lo sabe!...

ADELA. Ya!...  
en el mundo hay tanta gente!...

GARCIA. Me lo ha dicho... la Serpiente!...

ADELA. Buen culebron estará!...

GARCIA. Algo hay de eso!...

ADELA. Pues á mí  
me han contado que yo he sido  
la que tan sólo he servido  
de pararrayos aquí!

Que mientras el pobre Adan  
en mi inocencia se ceba,  
la serpiente y la madre Eva  
al pie del árbol están!...

Que Adan por nada se inquieta,  
que yo he querido avisarle,  
y que el ángel va á tocarle  
al oído la trompeta!

GARCIA. Cómo!...

ADELA. Figúrese usted  
que susto el de Adan, el pobre!  
cuando á su esposa recobre  
entre trompetazos!... (Riéndose.)

GARCIA. (Aturdido.) ¡Qué!...

ADELA. ¡Y el asombro de Sanson,  
cuando sin ningun recelo  
se lleve la mano al pelo  
y se encuentre motilon!...

GARCIA. Qué?...

ADELA. Y usted, que así trabuca  
los personajes sagrados...  
para estos lances pesados  
¿por qué no gasta peluca?

GARCIA. Adela!...

ADELA. ¡Qué situacion  
más triste y comprometida!

GARCIA. Pero...

ADELA. De ella es la comida  
y de usted la indigestion! (Riéndose.)

Me rio con un afán!  
Já! já! já! la escena es nueva!  
GARCIA. Oh! yo!...  
ADELA. Expresiones á Eva!...  
GARCIA. Señora!...  
ADELA. Hasta luego, Adan!...  
(Váse riendo por la izquierda.)

### ESCENA VIII.

GARCIA *sturdido.*

Adan!... Eva!... El culebron...  
la peluca!... ¡Santo cielo!...  
No!... no!... este pelo es mi pelo!...  
á mí no me hacen Sanson!...  
Horror!... ¿qué es lo que me pasa?  
¿Qué me ha dicho esa mujer?  
Luego yo he venido á ser  
el víctima en esta casa?  
Imposible!... es su despecho  
quien me hace perder la paz!  
Oh! si es cierto, soy capaz  
de matarlos!... Esto es hecho!  
Si habré yo estado obcecado!...  
Y se reía inhumana!...  
Es decir que he ido por lana  
y que he vuelto trasquilado!  
Oh! yo lo averiguaré!...  
Calma! la comedia siga,  
y si descubro la intriga  
en los dos me vengaré!

### ESCENA IX.

GARCIA, AGUILAR, saliendo rápidamente por la derecha.

AGUILAR. Ya estoy aquí!  
GARCIA. (Me contengo!)  
AGUILAR. Qué trabajo me ha costado!  
Ese hombre estaba escamado...  
GARCIA. (Escamas!... también las tengo!)

- AGUILAR. Es indispensable al punto  
que tu plan se lleve á cabo...
- GARCIA. (Así los espío!) Bravo!
- AGUILAR. Pues entónces al asunto...
- GARCIA. Si tú conocieras bien  
á mi esposa... (Miránjole fijamente.)
- AGUILAR. Yo, no tall!...
- GARCIA. Algun encuentro casual!...
- AGUILAR. No he estado nunca en Bailén! ..
- GARCIA. (Mentirá este galopin!)
- AGUILAR. Dame tú detalles justos  
de tu casa... de sus gustos...
- GARCIA. (Ah!...) Coge ese folletín...  
(Le da el periódico del segundo acto.)
- AGUILAR. Qué?
- GARCIA. ¿No has tenido ocasion  
de conocerla jamás?
- AGUILAR. Justo...
- GARCIA. No? Pues ahí verás  
una exacta situacion!  
(Aguilar lee, García le observa.)  
(Si se turba, pobre de él!...)  
Lee esa escena de amor  
y podrás hacer mejor  
con Carlota tu papel.  
(No se turba! está serena!)
- AGUILAR. (Leyendo.) «Yo os adoro, dijo Jorge,  
»cayéndose desplomado...»  
Lo que es eso...
- GARCIA. No te importe,  
no te caes: continua.  
(No sorprendo en sus facciones  
la turbacion más pequeña!...)
- AGUILAR. «Cuántas veces en el bosque  
»escondido á sus miradas  
»he visto á usted coger flores.»  
Me parece esto muy largo  
para que ella lo soporte...
- GARCIA. (Fingir así es imposible;  
eran vanos mis temores!)
- AGUILAR. «Cuántas veces he pasado  
»sin que ninguno lo note,

»noches enteras en vela  
»al pie de sus miradores!»

GARCIA. Basta: por ese camino  
sigue como se te atoje.  
(No era cierto!)

AGUILAR. Chist. Carlota!

GARCIA. Guarda el papel... que no note...  
De ese Jorge seductor  
sigue el atrevido paso...  
Me escondo!

AGUILAR. Ya!

GARCIA. (Por si acaso.)

No es miedo!...

AGUILAR. Claro!

GARCIA. (Valor!)

(Escondiéndose detrás de la puerta de la derecha.)

## ESCENA X

AGUILAR, CARLOTA por la izquierda, GARCIA escondido.

AGUILAR. (Salve á Adela este embolismo  
y ya veremos despues.)

GARCIA. Habla más alto!  
(Asomando la cabeza por detrás de la portiere.)

AGUILAR. Ya ves  
que hablaba conmigo mismo!

CARL. (Saliendo distraída por la izquierda.)  
Yo se lo voy á contar  
á mi esposo.—Él!—Con permiso...

AGUILAR. Que me oiga usted es preciso.

CARL. (Ay! que va á atreverse á hablar!)  
Conocia usted á Garcia?

AGUILAR. Hemos hecho la carrera  
juntos: ¡quién me devolviera  
aquella hermosa alegría!  
De nuestra tranquila edad  
nada por desgracia existe!

CARL. La amistad!

AGUILAR. Oh! no resiste  
á una pasion la amistad!

CARL. Cómo?... (Cada vez más turbada.)

AGUILAR. Mal puedo querer  
al que disfruta el tesoro  
que yo con locura adoro!

CARL. Un tesoro?

AGUILAR. Su mujer! (Con rapidez y fuego.)

CARL. Ah! (Retrocediendo asustada.)

GARCIA. (Eso no es fingir.)

CARL. (¡Dios mio!  
que emocion tan violenta!)

AGUILAR. Carlota! (Acercándose á ella más.)

CARL. Tenga usted en cuenta  
que en su lealtad confío...

AGUILAR. Salga ya á la luz del día  
este amor mudo y extraño  
que ha vivido más de un año  
oculto en el alma mia!

CARL. Un año!

AGUILAR. Más!

CARL. Más!

AGUILAR. Sí á fe!

CARL. Y cómo hasta hoy no le he visto?...

AGUILAR. Há más de un año que existo...

CARL. Más!

AGUILAR. Contemplando á usted...

CARL. Si á alguien viene... pero en fin...  
No soy libre! Usted es amigo  
de mi esposo! (Volviendo la cabeza.)

AGUILAR. (¿Qué la digo?

(Acercándose á la puerta, y aparte con rapidez á  
García.)  
va á marcharse.)

GARCIA. (El folletin!) (Id. á Aguilar.)

AGUILAR. (Es verdad; no me acordaba...)  
«Cuántas veces en el bosque,  
»escondido á sus miradas,  
»la he visto á usted coger flores...»  
(Recordando el folletin de memoria.)

CARL. Qué?... yo he oído otra vez...  
no sé cuándo...

AGUILAR. «Cuántas noches  
»he pasado siempre en vela  
»debajo de sus balcones!...»

- CARL. Si llegan y nos sorprenden....  
(Vuelve la cabeza aterrada.)
- AGUILAR. (No recuerdo...)  
(Cogiendo el folletín y leyendo á hurtadillas.)  
«Cuántas noches  
»la he visto á usted retirarse  
»á su alcoba...» (Qué demontre!...  
esto es una atrocidad...  
qué novelas lee esta jóven?)  
(Arrugando el periódico y tirándole.)
- CARL. (¡Ese lenguaje!... ¡valor!...)  
Caballero... basta ya...  
comprometiéndome está  
sin remedio con su amor.  
Yo le mando que se aleje...
- AGUILAR. Nunca!
- CARL. Llamaré á García.
- AGUILAR. Que venga, por vida mía!
- CARL. Yo quiero que usted me deje!
- AGUILAR. Que venga aquí ese tirano  
que me ha robado mi suerte!
- CARL. Oh!
- AGUILAR. Voy á darle la muerte,  
en vez de darle la mano!
- CARL. Matar á mi esposo?... Eso  
se verá!
- GARCÍA. (Bendita seas!)
- AGUILAR. No le temo; no lo creas!...
- CARL. Y me tutea... ¡Qué exceso!
- AGUILAR. Llámale y verás correr  
su sangre y la mía...
- CARL. Ah! no!
- AGUILAR. Me verá á tus plantas.
- CARL. Oh!  
dónde me he ido yo á meter?...
- AGUILAR. Tosen!... es él! nos verá.
- CARL. Huya usted... (Empujándole al foro.)
- AGUILAR. No es tiempo...
- CARL. (Señalando al tocador.) Aquí...
- GARCÍA. Dónde?...
- CARL. ¿Qué va á ser de mí?  
(Le lleva á la izquierda, le hace entrar en el cuarto

y cierra de pronto la puerta.)

AGUILAR. Tu amor ó la muerte.—Ah!...

CARL. ¡Ay! Le he roto la otra mano!

(Se ve la mano de Aguilar en el quicio.)

véo los dedos!... qué horror!...

no puedo estar... qué temblor!

un esfuerzo sobrehumano!...

## ESCENA XI.

CARLOTA, GARCIA, saliendo con ademan sombrío.

GARCIA. (Ay! ya al fin no me atormenta  
la sospecha que he sufrido...

La mujer de su marido

es un pájaro de cuenta.)

Dónde estabas?

CARL. Ya lo ves... (Procurando sonreirse.)

GARCIA. Te he buscado inútilmente!

vas huyendo de la gente?

CARL. Si... no...

GARCIA. Estás mala?

CARL. Eso es!

GARCIA. Qué tienes?

CARL. Yo! la cabeza...

GARCIA. Ah!

CARL. Y unas palpitaciones!

GARCIA. Esas son las emociones.

CARL. Oh! no!

GARCIA. Por algo se empieza.

CARL. Qué quieres decir?...

GARCIA. Es rara  
tu manera de mirar!...

CARL. Yo!

GARCIA. No lo puedes negar;  
se te conoce en la cara.

CARL. Aprensiones.—Dame el brazo,  
vámonos pronto de aquí...

(Queriendo llevárselo.)

GARCIA. Y entónces me dirás?...

CARL. Sí!

GARCIA. Hija, no caigo en el lazo!

CARL. Cómo?

- GARCIA. Ya estarás contenta?...
- CARL. Por qué?
- GARCIA. ¡Ya no hay en tu alma  
aquella tranquila calma  
que en tu casa te atormenta!...
- CARL. De qué lo infieres? (Cada vez más temerosa.)
- GARCIA. Infero  
que ha hecho tu imaginación  
una práctica excursión  
por el drama verdadero!
- CARL. Oh! (Aterrada.)
- GARCIA. Decírmelo es preciso!
- CARL. Con tu sospecha me infamas!
- GARCIA. ¿No te has subido á las ramas  
del árbol del Paraíso?...
- CARL. Yo!
- GARCIA. Fija tu rostro en mí!
- CARL. (Voy á sucumbir de miedo!)
- GARCIA. Mírame más...
- CARL. Si no puedo!
- GARCIA. Alza más la frente: así...  
¿Tus ojos adormecidos  
ya fijar en mí no quieres,  
lo mismo que las mujeres  
que engañan á sus maridos! (Con ira.)
- CARL. No tal, yo te explicaré...
- GARCIA. ¿Con quién más de media hora  
ha hablado usted aquí, señora?
- CARL. Ven conmigo y te diré...
- GARCIA. Ese empeño en que me aparte...  
aquí hay un hombre!...
- CARL. No tal!
- GARCIA. En qué cuarto?
- CARL. (¡Yo estoy mal!)
- GARCIA. Dímelo ó he de matarte!
- CARL. Oh! pero soy inocente.
- GARCIA. Todas juran eso mismo!
- CARL. (Es verdad! terrible abismo!...)
- GARCIA. Aquí debe estar! (Dirigiéndose al cuarto.)
- CARL. Detente!
- GARCIA. Vas á estar contenta hoy!  
Habrá sangre!

CARL. Sangre?  
GARCIA. Sí.  
CARL. (Horror!)  
GARCIA. (Abre la puerta y dice desde el umbral.)  
Salga usted aquí!  
CARL. (¡Yo muero!)  
(Cayendo en una butaca pero sin desmayarse.)  
GARCIA. Tú! (Al ver á Aguilar.)  
AGUILAR. El mismo soy!  
(Saliendo del cuarto con gravedad.)  
GARCIA. Adela! Martinez!... (Llamando á voces.)  
CARL. (Deteniéndole.) Ah!  
¡Pierdes mi reputacion!  
(Se me parte el corazon!)  
GARCIA. (Llamando más fuerte.)  
¡Vengan ustedes acá!...  
(Cruza los brazos y calla!)  
(Ap. con rapidez á Aguilar.)  
Sonrie con amargura...  
Muy bien!... esa es la postura  
del que en tu caso se halla!)  
(Aguilar queda en medio de la escena con los brazos  
cruzados.)

## ESCENA XII.

DICHOS, AGUILAR, ADELA por la izquierda y MARTINEZ por  
la derecha.

MART. Qué ocurre!  
CARL. (Voy á morir!)  
(Eseñdiendo el rostro entre las manos.)  
ADELA. (Mirando el cuadro.)  
(Ah! ya!... los ha sorprendido!)  
MART. (Adios... los pilló el marido!  
¿quién lo habia de decir?)  
Hay que salvarlos.) Qué pasa?  
ADELA. (Ap. con rapidez á Carlota.)  
(Cómo ha sido?)  
GARCIA. ¿Quién diria  
que su desgracia y la mia  
iba á hallar en esta casa?

- CARL. (Suplicante.)  
Soy inocente!... lo juro!
- GARCIA. ¡Es la frase de rigor!...  
Mire usted á su seductor!
- MART. (Á Garcia.)  
Pero está usted bien seguro?
- GARCIA. ¿No lo dice en ambos bien  
su abatimiento profundo?
- MART. ¡Hay cosas en este mundo  
que ni aun viéndolas se ven!
- GARCIA. En ese cuarto, encerrado,  
á mi amigo he sorprendido!
- MART. Mas si ella no le ha escondido...  
Hable usted. (Á Carlota.)
- GARCIA. No lo ha negado!...
- AGUILAR. Es verdad!
- GARCIA. ¡Y él lo repite  
sin conciencia y sin rebozo!
- MART. (¡Qué aficionado es el mozo  
á jugar al escondite!)  
Y bien!... (Aquí hay que evitar...) (Sonriendo.)  
Se conoce que en Bailén  
no entienden ustedes bien  
la aguja de marear...  
Esto es cosa muy sencilla,  
cuando no hay más graves hechos,  
que nunca se toma á pechos  
en la coronada villa.  
En provincia...
- GARCIA. Aquí y allí,  
quien ataca á nuestro honor,  
¡es un vil, es un traidor!...
- AGUILAR. ¿Lo dices eso por mí?
- MART. ¡Gran pregunta!
- CARL. (Aterrada.) Un desafío!...
- GARCIA. Á muerte!
- CARL. (Interponiéndose entre los dos.)  
No: no será...
- GARCIA. Aparte usted... (Rechazándola.)
- MART. (Esto va  
por la posta.)
- CARL. Amigo mio!

- Piedad!... huya usted. (Á Aguilar.)  
AGUILAR. Señora...  
me insultan!...
- CARL. ¡Yo no le quiero!  
créalo usted, caballero,  
se lo juro!
- MART. (¡Á buena hora!...)
- GARCIA. (Haciendo callar á Aguilar, que quiere hablar.)  
(Un momento nada más!)  
Salgamos! (A él en voz alta y ademan furioso.)
- CARL. Ayúdame. (Á Adela.)
- ADELA. García! (Suplicándole.)
- GARCIA. Déjeme usted!...
- CARL. Primero me matarás!...
- MART. Poco á poco.—Si he callado  
(Imponiendo á todos silencio.)  
solo ha sido para ver  
hasta donde puede ser  
un seductor desalmado!  
¡Tan triste equivocacion  
no le ha hecho turbarse un punto!
- GARCIA. Qué? (Señalando á Aguilar.)
- MART. Siendo mio el asunto,  
es mia la situacion!
- AGUILAR. Pero...
- GARCIA. Cómo!
- MART. Sin querer  
soy dueño de ese secreto!
- GARCIA. Dice usted...
- MART. Que ese sujeto  
viene aquí por mi mujer!...
- TODOS. Ah!
- MART. Sí: aunque él no lo declara  
y calumnia á esa inocente,  
yo lo sé perfectamente!...
- GARCIA. (Lo sabia!...)
- AGUILAR. (Quién pensára!...)
- ADELA. Mas... (Turpada.)
- MART. (¡Calla!—Salvo á tu amiga!...)
- AGUILAR. (Ap. á Adela.) Yo...
- MART. (No me desmiente usted,  
(Ap. con rapidez á Aguilar.)

- y todo lo arreglaré...)
- AGUILAR. (Esta es otra!)
- MART. Que lo diga!...
- AGUILAR. (El otro... no se qué hacer!...)
- ADELA. Creo...
- CARL. (Pero ese señor  
por qué me hacia el amor?...)
- GARCIA. Yo he creido comprender...
- MART. Usted, como provinciano,  
toma las cosas de un modo  
que lo descompone todo.
- AGUILAR. Es que yo...
- CARL. (Y mueve la mano!...)
- MART. Verá usted yo! Conociendo  
(Primero á Garcia y luego á Aguilar.)  
que perseguir á mi esposa  
es una empresa infructuosa,  
y el tiempo está usted perdiendo!  
Sabiendo que ella me es fiel  
por virtud y conviccion;  
que para ella esa pasion  
es un martirio cruel.  
Y habiéndome ella contado,  
como debe, de sus planes  
los ridiculos afanes  
y su amor desesperado,  
de él nos reimos los dos;  
y abrazándonos así (La abraza.)  
le decimos desde aquí,  
don Luis—vaya usted con Dios!  
ADELA. (¡Qué leccion providencial  
me da cuando no lo piensa!)
- MART. (¡Ya está tranquilo!... Dispensa  
mi invencion original!...) (Ap. á Adela.)
- ADELA. (No hay de qué!)
- GARCIA. (En calma lo toma!...  
Mas despues sólo Dios sabe...)  
Já, já. (Prorumpiendo en una carcajada.)  
MART. (Y se rie!...)
- GARCIA. Qué grave  
ha tomado usted la broma!
- MART. Qué? (Otro embrollo!)

GARCIA. Yo le doy  
mil gracias por su buen gusto  
de evitarnos un disgusto,  
pero no hay motivo hoy!

MART. Qué es esto?

GARCIA. (Que viva en calma.)  
Ven aquí... Fénix extraño (á Aguilar.)  
de la amistad. Ya el engaño  
cesé que hiere tu alma!  
Aquí no hay tal seductor,  
tal dolo ni tal falsía,  
ni tu esposa ni la mía  
han inspirado su amor.  
Ni aquí la paz está rota,  
ni hay lance de espada ó sable,  
ni ha sido Adela culpable,  
ni ha sido infiel mi Carlota!

MART. ¿Pues qué ha sido este embolismo?

ADELA. ¿Qué significa este enredo!

CARL. ¿De qué ha nacido mi miedo?

GARCIA. ¡De un *Jorge* y de un *parasismo*!  
Viendo hace tiempo crecer  
aquel defecto pequeño  
que iba haciéndose ya dueño  
del alma de mi mujer,  
y temblando con razon  
que siendo su juicio escaso,  
la llevara á algun mal paso  
su loca imaginacion,  
y por las ramas subiera  
del frondoso árbol vedado,  
he creído yo acertado  
hacerle un árbol de cera.  
Mi amigo y yo, con esmero,  
tan bien le hemos construido...  
que casi se ha confundido  
con el árbol verdadero!

CARL. Ah!

GARCIA. Fingir era forzoso,  
su perseverancia amante,  
la situacion culminante  
del desventurado esposo,

y que ella sintiera el mal  
que nace de las pasiones,  
dándola las emociones  
de una pasion criminal.  
Para conseguir tal fin  
á todos os confundió;  
él sorprender se dejó  
escondido en el jardin;  
contó á usted su accion odiosa  
de ricos detalles llena...  
aquí repitió la escena  
é hizo temblar á mi esposa.  
Y llevando su ficcion  
al término deseado,  
con su talento hemos dado  
á mi esposa esta leccion!...  
Es posible!

MART.

ADELA.

CARL.

GARCIA.

CARL.

GARCIA.

CARL.

GARCIA.

CARL.

AGULAR.

(No lo es!)

¡Su lenguaje era fingido!

Aquí el testigo ha caido  
del plan... mírale á tus piés?

(Recogiendo el periódico que tiró Aguilar )

Qué es esto?

*Los seis amores...*

*Y el Jorge desesperado...*

«¡Cuántas noches he pasado (Leyendo )

»al pie de tus miradores!»

Oh!... ya lo recuerdo bien!

¡Ay de mí, cuánto he temblado

y qué mal rato he pasado!...

¡Hijo, vamos á Bailen!

Tan pronto!

Sí; yo buscaba

pasto para el alma mia,

sin ver que lo que tenia

era lo que me bastaba;

yo, loca, ofendía á Dios,

á otros locos envidiando,

sin ver que estaba buscando

la desdicha de los dos!

(Salvé con tal fingimiento  
á la mujer por quien vivo...)

(Ap. á Adela con rapidez, mientras Martínez habla con Carlota y García.)

- ADELA. (Yo nunca le dí motivo para tal atrevimiento!)
- MART. Yo no podía hacer más!... (En el otro grupo.)
- AGUILAR. (Quién no es imprudente amando?) (Á Adela.)
- ADELA. (Por eso mismo le mando que no vuelva aquí jamás!)  
(Con entereza y dignidad se aparta de él.)
- GARCIA. ¿Ya en desear no te obstinas la vida de otras mujeres?...
- CARL. No, no: echaré si tú quieres de comer á las gallinas; haré arrope y acitron, y contenta me verás sin querer perder jamás la paz de mi corazón!
- GARCIA. Eso es hablar en conciencia.
- AGUILAR. Perdone usted mi osadía... (Á Carlota.)
- CARL. Perdonado.
- GARCIA. ¡Cree, hija mia, en mi práctica experiencial En las santas afecciones de la madre y de la esposa, para una mujer virtuosa hay bastantes emociones. Ser buena, honrada, sufrida, y vivir con buena fama, para Dios, ese es el drama verdadero de la vida!
- CARL. Cuánto te quiero! (Á García.)
- ADELA. (Adela á Martínez.) Y yo á tí. Hasta hoy no lo conocía!
- CARL. Yo tampoco lo sabía!
- GARCIA. (Á Aguilar ap., señalando á Martínez.) (Hijo!... estás de más aquí... da gracias á que él ignora...)
- MART. (Id. señalando á García.) (Agradece que él no sabe!)
- GARCIA. (Cásate y verás si es grave que anden tras de tu señora!...
- AGUILAR. (Marchándose por el foro.)

Razon tienes... con permiso...

GARCIA. Ahora!... un abrazo apretado!  
(Cada uno abraza á su esposa.)

MART. Por qué?

GARCIA. Porque hemos cortado  
EL ÁRBOL DEL PARAISO!

FIN DE LA COMEDIA.



La segunda cienicienta.  
 La peor cuna.  
 La choza del almadrero.  
 Los patriotas.  
 Los lazos del vicio.  
 Los molinos de viento.  
 La agenda de Carrelargo.  
 La cruz de oro.  
 La caja del regimiento.  
 Las sisas de mi mujer.  
 Lluven hijos.  
 Las dos madres.  
 La hija del Rey René.  
 Los extremos.  
 La frutera de Murillo  
 La cancinera.  
 La venganza de Catana.  
 La marquesita.  
 La novela de la vida.  
 La torre de Garan.  
 La nave sin piloto.  
 Los amigos.  
 La judía en el campamento, ó  
 Lglorias de Africa.  
 Los criados.  
 Los caballeros de la niebla.  
 La escala de matrimonio.  
 La torre de Babel.  
 La caza del gallo.  
 La desobediencia.  
 La buena alhaja.  
 La niña mimada.  
 Los maridos (refundida.)  
 Mi mamá.  
 Mal de ojo.  
 Mi oso y mi sobrina.  
 Martín Zurbano.  
 María y María.  
 Madrid en 1818.  
 Madrid á vista de pájaro.  
 Miel sobre hojuelas.  
 Mártires de Polonia.  
 Martilló la Emparedada.

Misericordias de aldeas.  
 Mi mujer y el primo.  
 Negro y Blanco.  
 Ninguno se entiende, ó un hom-  
 bre tímido.  
 Nobleza contra nobleza.  
 No es todo oro lo que reluce.  
 No lo quiero saber.  
 Nativa.  
 Olimpia.  
 Propósit de enmienda.  
 Pescar á río revuelto.  
 Por ella y por él.  
 Para heridas las de honor, ó el  
 desagravio del Cid.  
 Por la puercia del jardín.  
 Poderoso caballero es D. Dinero.  
 Pecados veniales.  
 Premio y castigo, ó la conquista  
 de Ronda.  
 Por una pension.  
 Para dos perdices, dos.  
 Préstamos sobre la honra.  
 Para mentir las mujeres.  
 ¡Que convidó al Coronel...  
 Quien mucho aharcia.  
 ¡Qué suerte la mía!  
 ¿Quién es el autor?  
 ¿Quién es el padre?  
 Rebeca.  
 Ribal y amigo.  
 Rosita.  
 Su imagen.  
 Se salvó el honor.  
 Santo y peana.  
 San Isidro (Patron de Madrid.)  
 Sueños de amor y ambicion.  
 Sin prueba plena.  
 Sobresaltos de un marido.  
 Si la mula fuera buena.  
 Tales padres, tales hijos.  
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabaja por cuenta ajena.  
 Tod unos.  
 Torbellino.  
 Unamor á la moda.  
 Una conjuracion femenina.  
 Un dómimo como hay pocas.  
 Un pollito en calzas prietas.  
 Un huésped del otro mundo.  
 Una venganza leal.  
 Una coincidencia alfabética.  
 Una noche en blanco.  
 Uno de tantos.  
 Un marido en eusrte.  
 Una leccion reservada.  
 Un marido s ustuto.  
 Una equivocacion.  
 Un retrato á quemarropa  
 ¡Un Tiberio!  
 Un lobo y una raposa.  
 Una renta vitalicia.  
 Una llave y un sombrero.  
 Una mentira inocente.  
 Una mujer misteriosa.  
 Una leccion de corte.  
 Una falta.  
 Un paje y un caballero  
 Un sí y un no.  
 Una lágrima y un beso.  
 Una leccion de mundo.  
 Una mujer de historia.  
 Una herencia completa.  
 Un hombre fino.  
 Una poetisa y su marido.  
 ¡Un regalido!  
 Un marido cogido por los cabe-  
 llos.  
 Un estudiante novel.  
 Un hombre del siglo.  
 Un viejo pollo.  
 Ver y no ver.  
 Zamarrilla, ó los bandidos de la  
 Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

Angélica y Medoro  
 Armas de buena ley.  
 A cual mas feo.  
 Ardides y enchilladas  
 Clavevina la Gitana.  
 Cupido y Marte.  
 Cébro y Flora.  
 D. Sisenando.  
 Doña Mariquita.  
 Don Crisanto, ó el Alcalde pro-  
 veedor.  
 Don Pascual.  
 El Bachiller.  
 El doctrino.  
 El ensayo de una ópera.  
 El calesero y la Rija.  
 El perro del hortelano.  
 En cinta y en Marruecos.  
 El leon en la ratonera.  
 Enredos de carnaval.  
 El delirio (drama lirico.)  
 El Postillon de la Rioja (Música.)  
 El vizconde de Letorieres.  
 El mundo á escape.  
 El capitan español.  
 El corneta.  
 El hombre feliz.  
 El caballo blanco.  
 El coleccion.  
 El último mono.  
 El primer vuelo de un pollo  
 Entre Pinto y Valdemoro.  
 El magnetismo... ¡animal!  
 El califa de la calle Mayor.  
 En las astas del oro.

El mundo nuevo  
 El hijo de D. José.  
 Entre mi mujer y el primo.  
 El noveno mandamiento.  
 El juicio final.  
 El corro negro.  
 El hijo del Lavapiés.  
 El amor por los cabellos.  
 El mtndo.  
 El Paraiso en Madrid.  
 El elixir de amor.  
 El suño del pescador.  
 Giralda.  
 Harry el Diabolo.  
 Juan Lanás. (Música.)  
 Jacinto.  
 La litera del Oidor.  
 La noche de ánimas.  
 La familia nerviosa, ó el suegro  
 omnibus.  
 Las bodas de Juanita. (Música.)  
 Los dos flamantes.  
 La modista.  
 La colegiala.  
 Los conspiradores.  
 La espada de Bernardo.  
 La hija de la Providencia.  
 La roca no gra.  
 La estatua encantada.  
 Los jardines del Buen retiro.  
 Loco de amor y en la corte.  
 La venta encantada.  
 La loca de amor, ó las prisiones  
 de Edimburgo.

La Jardinera. (Música.)  
 La toma de Tetuan.  
 La cruz del valle.  
 La cruz de los Humeros.  
 La Pastora de la Alcarria.  
 Los herederos.  
 La pupila.  
 Los pecados capitales.  
 La gitamilla.  
 La artista.  
 La casa roja.  
 Los piratas.  
 La señora del sombrero.  
 La mina de oro.  
 Mateo y Matea.  
 Moreto. (Música.)  
 Mati de y Matek-Adhel.  
 Nadie se muere hasta que Dios  
 quiere.  
 Nadie loque á la Reina.  
 Pedro y Catalina.  
 Por sorpresa.  
 Por amor al prójimo.  
 Peluquero y marqués.  
 Pablo y Virginia.  
 Retrato y original.  
 Tal para cual.  
 Un primo.  
 Una guerra de familia.  
 Un cocinero.  
 Un sobrino.  
 Un rival del otro mundo.  
 Un marido por apuesta.  
 Un quinto y un sustituto.

# PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

## PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	R. S. Perez	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabezas.
<i>Alealdé de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pojol.
<i>Alcoy.</i>	J. Mari.	<i>Mahon.</i>	P. Vincent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Malaga.</i>	J. G. Tabaoadela y P. de
<i>Albante.</i>	J. Gossart.		Moya.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Manila (Filipinas).</i>	M. Planas.
<i>Almeria.</i>	M. Alvarez.	<i>Mataro.</i>	N. Clavell.
<i>Andújar.</i>	A. Casas.	<i>Mondoneo.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Antequera.</i>	I. A. de Palma.	<i>Montilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Aranjuez.</i>	J. Gullon.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos
<i>Avila.</i>	S. Lopez.		de Andrión.
<i>Aviles.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Ocaña.</i>	V. Galvillo.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Orihuela.</i>	N. Martinez Alvarez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Barcelona.</i>	Viuda de Bartumeus y	<i>Oviedo.</i>	J. Martinez.
	Gordá.	<i>Palencia.</i>	Poralta y Wenzendz.
	J. Génova.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelabert.
<i>Bejar.</i>	E. Delmas.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios.
<i>Bilbao.</i>	T. Arnalz y A. Hervias.	<i>Pontevedra.</i>	J. Buceta Solla y Comp
<i>Burgos.</i>	H. E. Perez.	<i>Priego (Gordoba.)</i>	J. de la Gámaro.
<i>Cabrerá.</i>	Verdugo y Compañía.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	P. A. Rafoso.
<i>Cáceres.</i>	F. Molina.	<i>Puerto-Rico.</i>	J. Mestre, de Mayaguez.
<i>Cádiz.</i>	F. María Poggi, de Santa	<i>Requena.</i>	G. Garcia.
<i>Catalayud.</i>	<i>Cruz de Tenerife.</i>	<i>Reus.</i>	J. Prius.
<i>Canarias.</i>	J. M. Eguluz.	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
	E. Torres.	<i>Ronda.</i>	Viuda de Gutierrez.
<i>Carmona.</i>	A. Mellado y Orcajada.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
<i>Carolina.</i>	J. M. de Soto.	<i>San Fernando.</i>	J. Gay.
<i>Cartagena.</i>	L. Ochurén.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	J. Aldrete.
<i>Castroudales.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>Santucar.</i>	I. de Oña.
<i>Cautá.</i>	P. Acosta.	<i>San Sebastian.</i>	A. Garralda.
<i>Ciudad-Real.</i>	C. Barberini, y M. Garcia	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	S. Herrero.
<i>Córdoba.</i>	Lovera.	<i>Santander.</i>	C. Medinas.
	J. Lago.	<i>Santiago.</i>	B. Escribano.
<i>Coruña.</i>	M. Mariana.	<i>Segovia.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Cuenca.</i>	J. Gluli.	<i>Sevilla.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Ecija.</i>	N. Taxonera.	<i>Soria.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Ferrol.</i>	M. Alegret.	<i>Talavera de la Reina.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Figueras.</i>	F. Dorca.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	P. Veraton.
<i>Gerona.</i>	Grespo y Cruz.	<i>Tarragona.</i>	V. Font.
<i>Gijón.</i>	J. M. Fuensalida y Viuda	<i>Teruel.</i>	F. Baquedano.
<i>Granada.</i>	é Hijos de Zamora:	<i>Toledo.</i>	J. Hernandez.
	R. Ohana.	<i>Toro.</i>	L. Poblacion.
<i>Cuadajajara.</i>	N. Ceballos.	<i>Trujillo.</i>	A. Herranz.
<i>Habana.</i>	P. Quintana.	<i>Tudela.</i>	M. Izalzu.
<i>Haro.</i>	J. F. Osorno.	<i>Tux.</i>	E. Cruz Hermanos.
<i>Huelva.</i>	R. Guillen.	<i>Ubeda.</i>	T. Perez.
<i>Huesca.</i>	R. Martinez.	<i>Valencia.</i>	I. Garcia, F. Navarro y J.
<i>Irun.</i>	J. Perez Eluixá.		Mariana y Sanz.
<i>Játiva.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Valladolid.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz.
<i>Jerez.</i>	Miñon Hermano.	<i>Vich.</i>	Soler, Hermanos.
<i>Leon.</i>	J. Sol é hijo.	<i>Vigo.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Lérida.</i>	J. Orellana y Sanchez.	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	L. Creus.
<i>Linares.</i>	P. Brieba.	<i>Vitoria.</i>	J. Oquendo.
<i>Logroño.</i>	A. Gomez.	<i>Zalza.</i>	A. Oguet.
<i>Lorca.</i>		<i>Zamora.</i>	V. Fuertes.
		<i>Zaragoza.</i>	I. Ducassi, J. Comin y
			Comp. y V. de Heredia.

## MADRID.

Librerías de la VIUDA é HIJOS, DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Principe.